



M. F. Lamennais

El dogma de los hombres libres: palabras de un creyente por M. F. Lamennais

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

M. F. Lamennais

El dogma de los hombres libres: palabras de un creyente por M. F. Lamennais

Al pueblo

Este libro ha sido especialmente compuesto para vosotros; a vosotros, pues, le ofrezco. En medio de los males que son vuestro lote, en medio de las congojas que sin descanso os aquejan, séale dado prestaros animación y consuelo.

¡Oh vosotros! a quienes el día es pesado, yo quisiera que pudiese ser para vuestra pobre alma fatigada, lo que es a mediodía en el campo la sombra de un árbol, por mezquino que sea, para aquel que ha trabajado toda la mañana a los ardientes rayos del sol.

Pésimos tiempos habéis alcanzado; pero esos tiempos pasarán.

En pos del rigor del invierno, nos vuelve la Providencia estación menos áspera, y el pajarillo bendice en su canto la mano bienhechora que torna a darle calor y abundancia, y su compañera y su nido.

Esperad y amad. Todo lo endulza la esperanza, y todo lo hace el amor posible.

Hombres hay en este momento que sufren mucho, porque os han amado mucho. Yo, hermano suyo, he escrito el relato de lo que han hecho por vosotros, y de lo que por esta causa han hecho contra ellos; y cuando la violencia se haya usado ella misma, entonces lo publicaré, entonces lo leeréis con lágrimas menos amargas y amaréis también vosotros a esos hombres que tanto os han amado.

Si en el día os hablase de su amor y de sus padecimientos, arrojaríanme con ellos en los calabozos. Con gozo correría a ocuparlos, si con eso pudiese ser vuestra miseria aliviada; pero de ello no resultaría alivio alguno, y es fuerza por eso esperar y pedir a Dios que abrevie el tiempo de la prueba.

Ahora juzgan y condenan los hombres: en breve juzgará él. ¡Bienaventurados los que han de ser testigos de su justicia!

Ya soy viejo; escuchad las palabras de un anciano.

La tierra aparece triste y descolorida; pero ella reverdecerá. El aliento del malvado ha de pasar eternamente sobre ella, como un sople abrasador.

Cuanto sucede, quiere la Providencia que suceda para vuestra instrucción, a fin de que aprendáis a ser buenos y justos cuando llegue vuestra hora.

Cuando los que abusan del poder hayan pasado delante de vosotros, como el cieno de los arroyos en un día de tormenta, entonces comprenderéis que sólo el bien es duradero, y temeréis profanar el aire, purificado por las auras del cielo.

Preparad vuestras almas para ese tiempo, porque ese tiempo no está lejos, ese tiempo se acerca.

El Cristo, crucificado por vosotros, ha prometido redimiros.

Creed sus promesas, y, para apresurar el término de su cumplimiento, reformad cuanto tenga en vosotros necesidad de reforma; ejercitaos en las virtudes todas, y amaos los unos a los otros, como el Salvador del género humano os ha amado, hasta la muerte.

I

En nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

El que tenga oídos, que oiga: el que tenga ojos, ábralos. y mire, porque los tiempos se acercan.

El Padre ha engendrado a su Hijo, su palabra, su Verbo, y el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros; ha venido al mundo, y el mundo no le ha conocido.

El Hijo ha prometido enviar el Espíritu consolador, el Espíritu que procede del Padre y de él, y que es su amor mutuo. Vendrá y renovará la faz de la tierra, y será una segunda creación.

Hace diez y ocho siglos, el Verbo derramó la divina semilla, y el Espíritu Santo la fecundó. Los hombres la han visto florecer, han gustado sus frutos, los frutos del árbol de vida, plantado de nuevo en su pobre vivienda.

Yo os lo digo; hubo grande alegría entre ellos cuando vieron aparecer la luz, y todos se sintieron penetrados de un ardor divino.

Después la tierra se ha tornado nuevamente tenebrosa y fría.

Nuestros padres han visto al sol declinar. Cuando se ocultó debajo del horizonte, todo el género humano se estremeció. Después hubo, durante esta noche, no sé qué; que no tiene nombre. Hijos de la noche, el Poniente se ve negro, pero el Oriente comienza a blanquear.

II

Aplicad el oído, y decidme de dónde procede ese rumor confuso, vago, extraordinario, que por todas partes se escucha.

Aplicad la mano sobre la tierra, y decidme por qué se ha estremecido.

Algo que no sabemos se remueve en el mundo; obra hay sin duda de Dios.

Por ventura, ¿no está cada cual en expectativa? ¿Hay algún corazón que no palpite?

Hijo del hombre, sube sobre las alturas, y anuncia al mundo lo que ves.

Veo en el horizonte una nube cárdena, y en derredor un resplandor rojo, como el reflejo de un incendio.

Hijo del hombre, ¿qué otra cosa ves?

Veo al mar alzar sus olas, y a los montes agitar sus crestas.

Veo a los ríos cambiar su curso, las colinas vacilar, y terraplenar los valles con su caída.

Todo se estremece, todo se mueve, todo toma nuevo aspecto.

Hijo del hombre, ¿qué más ves?

Veo torbellinos de polvo en lontananza, arrebatados en todas direcciones, que se chocan, se mezclan y confunden. Pasan sobre las ciudades, y, después que han pasado, sólo se ven llanuras.

Veo a los pueblos alzarse tumultuosamente y empalidecer los reyes bajo sus diademas. Guerra se ha declarado entre ellos, guerra de muerte.

Veo un trono, dos tronos hechos pedazos y los pueblos que desparcen sus restos sobre la tierra.

Veo a un pueblo pelear como peleaba el arcángel, Miguel con Satanás. Terribles son sus golpes, mas véole desnudo, y cubierto su enemigo de doble armadura.

¡Y sucumbió, Señor! Llagado está de muerte. Mas no. Sólo está herido. María, la Virgen Madre, le cobija con su manto, le muestra faz de risa, y sácale por breve plazo del campo de batalla.

Veo a otro pueblo pelear sin descanso, y cobrar por momentos nuevas fuerzas en la lid. Este pueblo tiene el signo de Cristo sobre el corazón.

Veo a otro pueblo, sobre el cual han sentado seis reyes la planta, y cada vez que prueba a moverse, seis puñales entran en su garganta.

Veo sobre un edificio inmenso, a grande altura en los aires, una cruz que distingo apenas, porque la cubre un velo negro.

Hijo del hombre, ¿qué más ves?

Veo el Oriente turbado y removido; mira destruirse sus antiguos palacios, y caer sus viejos templos hechos polvo, y alza los ojos como buscando otras grandezas y solicitando otro Dios.

Veo a la parte del Occidente una figura de mujer, de mirar altivo, de serena frente: traza con mano firme un ligero surco, y por donde pasa la reja, veo alzarse generaciones humanas que la invocan en sus oraciones, y la bendicen en sus cantos.

Veo a la parte del Septentrión hombres a quienes no queda más que un resto de calor concentrado en la cabeza, que los embriaga; pero el Cristo los toca con su cruz, y torna a latir el corazón.

Veo a la parte del Mediodía razas enteras sobre las cuales pesa no sé qué maldición; ominoso yugo las agobia y caminan encorvadas; empero el Cristo las toca con su cruz, y se enderezan.

Hijo del hombre, ¿qué más ves?

Nada responde; tornemos a gritar.

Hijo del hombre, ¿qué ves?

Veo a Satanás huyendo, y a Cristo rodeado de sus ángeles que viene para reinar.

III

Y fui trasportado en espíritu a los tiempos antiguos, y estaba la tierra hermosa, y rica y fecunda; y sus habitantes vivían felices, porque vivían como hermanos.

Y vi la Serpiente que se deslizaba entre ellos: clavó en algunos su poderosa mirada, y su alma se conturbó; se acercaron y habloles la Serpiente al oído.

Y después de haber escuchado las palabras de la Serpiente, alzaronse y dijeron: Somos reyes.

El Sol se oscureció y tomó la tierra un color fúnebre, como el de la mortaja que envuelve los muertos. Oyose un sordo murmullo, un prolongado quejido, y tembló cada cual en el fondo de su corazón.

En verdad, yo os lo digo, fue como el día que rompió sus diques el abismo, y en que salió de madre el diluvio de las aguas mayores.

El miedo se fue de choza en choza, porque entonces no había palacios todavía, y díjole a cada uno cosas secretas, que le estremecieron.

Y los que habían dicho: Somos reyes, asieron de una espada, y siguieron al miedo de choza en choza.

Y viéronse cumplidos allí raros misterios; hubo cadenas, llanto y sangre.

Los hombres, espantados, gritaron: El asesinato ha tornado al mundo. Y fue cuanto dijeron, porque el miedo había entumecido su alma, y paralizado el movimiento de sus brazos.

Dejaronse cargar de cadenas, ellos y sus mujeres y sus hijos. Y los que habían dicho: Somos reyes, ahondaron una gran sima, y en ella encerraron a todo el género humano, bien como se encierran las bestias en un establo.

Y el huracán barría las nubes, y retumbaba el trueno, y yo escuché una voz que decía: La Serpiente ha vencido por segunda vez; no, empero, para siempre.

Después nada oí, sino confusas voces, carcajadas, sollozos y blasfemias.

Y comprendí que debía haber un reinado de Satanás antes del reinado de Dios. Y lloré y esperé.

Y la visión que tuve era verdadera, porque el reinado de Satanás se ha visto cumplido, y se verá también cumplido el reinado de Dios. Y los que han dicho: Somos reyes, se verán a su vez encerrados en la sima con la Serpiente, y saldrá de ella el género humano: y será para él como otro nacimiento, como el tránsito de la muerte a: la vida. Así sea.

IV

Hijos sois de un mismo padre, y la misma madre os ha amamantado. ¿Por qué, pues, no os amáis los unos a los otros como hermanos? ¿Por qué os tratáis más bien como enemigos?

Aquel que no ama a su hermano, es siete veces maldecido; y aquel que se declara enemigo de su hermano, es maldecido setenta veces siete veces.

Por eso los tiranos de la tierra han sido maldecidos; no han amado a sus hermanos, y hanlos tratado como a enemigos.

Amaos los unos a los otros, y no tendréis que temer a los tiranos de la tierra.

Son fuertes contra vosotros, porque no estáis unidos, porque no os amáis como hermanos los unos a los otros.

No digáis: Ese hombre es de un pueblo, y yo soy de otro pueblo. Porque los pueblos todos han tenido en la tierra el mismo padre, que es Adán, y tienen en el cielo el mismo padre, que es Dios.

Si lastimáis un miembro, el cuerpo todo se resiente. Vosotros sois todos un mismo cuerpo: no es posible oprimir a uno de vosotros, sin que en él sean todos oprimidos.

Si un lobo se arroja sobre un rebaño, no lo devora todo entero de una asentada: hace presa de una oveja y la come. Más tarde, renaciendo su apetito, ase de otra, y la devora también, y así hasta la última; porque renace su apetito sin cesar.

No seáis pues como las ovejas, las cuales, cuando el lobo ha arrebatado una, se espantan un momento y tornan de nuevo tranquilamente a pacer. Porque, presumen, acaso se contente con su primera o con su segunda presa; y a mí, ¿qué se me puede dar de las que devore? Más hierba tendré a mi disposición.

En verdad, yo os lo digo: los que de ese modo piensan en el fondo de su alma, designados están para ser pasto un día de la bestia que vive de carne y de sangre.

V

Cuando veis a un hombre conducido a la cárcel o al suplicio, no os deis prisa a decir: Ese hombre es un malvado, que ha cometido un crimen contra los hombres.

Porque puede muy bien ser un hombre de bien, que ha querido servir a los hombres, y que se ve de ello castigado por sus opresores.

Cuando veis un pueblo cargado de cadenas y entregado al verdugo, no os deis prisa a decir: Ese pueblo es un pueblo violento que pretendía alterar la paz de la tierra.

Porque puede muy bien ser un pueblo mártir, que muere por la redención del género humano.

Diez y ocho siglos hace, en una ciudad de Oriente, los pontífices y los reyes de aquel tiempo enclavaron sobre una cruz, después de haberlo azotado, a un sedicioso, a un blasfemo, como le llamaban.

El día de su muerte hubo grande espanto en el infierno, y sumo gozo en el cielo.

Por la sangre del justo había salvado el mundo.

VI

¿Por qué encuentran los animales su alimento, cada uno según su especie? Porque ninguno entre ellos se apodera del otro, y porque cada cual se contenta con satisfacer sus necesidades.

Si en la colmena dijese una abeja: Toda la miel que hay aquí me pertenece, y dicho eso se pusiese a disponer a su antojo del fruto del común trabajo, ¿qué sería de las demás abejas?

La tierra és como una grande colmena, y los hombres son como abejas.

Cada abeja tiene derecho a la porción de miel necesaria a su subsistencia; y si los hay entre los hombres que carecen de lo necesario, consiste en que la justicia y la caridad han desaparecido de entre ellos.

La justicia es la vida, y la caridad es la vida también, y vida en verdad más dulce y más abundante.

Falsos profetas ha habido que han persuadido a algunos hombres que habían nacido los demás para ellos; y lo que éstos han creído, hanlo creído también los demás sobre la palabra de los falsos profetas.

Cuando esta palabra de mentira hubo prevalecido, lloraron los ángeles en el cielo, porque previeron que iban a pesar sobre la tierra muchos males, grandes violencias y crímenes sin cuento.

Los hombres, iguales entre sí, han nacido para Dios sólo, y quienquiera que diga otra cosa, dice una blasfemia.

El que quiera ser más grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el servidor de todos.

La ley de Dios es ley de amor, y el amor no se alza y encarama sobre los demás, sino que se sacrifica a los demás.

El que dice en el fondo de su corazón: Yo no soy como los demás hombres, sino que los demás hombres me han sido dados para que los mande y disponga de ellos y de lo que es de ellos a mi albedrío, ese es hijo de Satanás.

Y Satanás es el rey de este mundo, porque es el rey de cuantos piensan así y así proceden; y los que tal piensan y así proceden, han venido a ser por sus consejos los señores del mundo.

Mas su imperio no tendrá más que un tiempo, y ya tocamos al término de ese tiempo.

Darase una gran batalla, y el ángel de la justicia y el ángel del amor pelearán por los que hayan empuñado las armas para restablecer entre los hombres el reinado de la justicia y el reinado del amor.

Y muchos morirán en la batalla, y quedará su nombre sobre la tierra como un rayo de la gloria de Dios.

Por eso, vosotros que padecéis, animaos, confortad vuestro corazón, porque mañana será el día de la prueba, el día en que cada uno habrá de dar con regocijo la vida por sus hermanos, y el que amanezca al día siguiente será el día de la redención.

VII

Cuando un árbol está solo, bátenle los vientos y desnúdanle de sus hojas, y sus ramas, en vez de elevarse, se inclinan como si buscasen la tierra.

Cuando una planta está sola, no hallando abrigo contra el ardor del sol, se seca, se marchita y muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder le inclina hacia el suelo, y la ardiente codicia de los grandes de este mundo absorbe la savia que le alimenta.

No imitéis pues a la planta ni al árbol que están solos; empero uníos los unos con los otros y allegaos y cobijaos mutuamente.

En tanto que viviereis desunidos, y que no pensare cada cual sino en sí, nada podéis esperar sino sufrimiento y dolor, desdicha y opresión.

¿Hay cosa más débil que el gorrión y más inerte que la golondrina? Cuando aparece, sin embargo, el ave de rapiña, las golondrinas y los gorriones logran ahuyentarla aunándose en derredor suyo y persiguiéndola de consuno.

Tomad ejemplo del gorrión y de la golondrina.

A aquel que se separa de sus hermanos, síguele el temor cuando anda, siéntase a su lado cuando descansa, y ni aun durante el sueño le abandona.

Si os preguntan, pues: ¿Cuántos sois? responded: Somos uno; porque nuestros hermanos somos nosotros, y nosotros nuestros hermanos.

Dios no ha criado ni pequeños, ni grandes, ni amos, ni esclavos, ni reyes, ni vasallos; sino que ha hecho a todos los hombres iguales.

Empero entre los hombres, hállos que tienen más fuerza o de cuerpo, o de ánimo, o de voluntad; y esos son quienes tratan de avasallar a los demás, cuando el orgullo o la codicia sofoca en ellos el amor de sus hermanos.

Y Dios sabía que había de ser así, y por eso mandó a los hombres que se amasen, a fin de que estuviesen unidos, y de que los débiles no cayesen jamás bajo la opresión de los fuertes.

Porque aquel que es más fuerte que uno solo, será menos fuerte que dos; y aquel que es más fuerte que dos, será menos fuerte que cuatro; y de esa suerte nada temerán los débiles, cuando amándose los unos a los otros, estén sinceramente unidos.

Un hombre transitaba por la montaña, y llegó a un sitio en que un enorme peñasco, que se había desgajado sobre el camino, le llenaba y obstruía, y fuera de aquel camino no había otra salida, ni a derecha ni a izquierda.

Este hombre, pues, viendo que no podía proseguir el viaje comenzado, a causa del peñasco, probó a moverle para abrirse paso, y fatigose mucho en aquel trabajo, y todos sus esfuerzos fueron vanos.

Viendo lo cual, sentose agobiado de tristeza, y dijo: ¿Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, en la hora en que las fieras salgan a buscar su presa?

Y estando embebido en este pensamiento, otro viajero sobrevino, el cual, habiendo hecho lo que había hecho el primero, y habiéndose encontrado tan impotente como él para mover la piedra, sentose taciturno e inclinó la cabeza.

Y después de este segundo llegaron otros, y ninguno pudo mover el peñasco, y era grande el temor que todos tenían.

Por fin, uno de ellos dijo a los demás: Hermanos míos, enderecemos nuestros ruegos a nuestro Padre común que está en el cielo: tal vez tenga piedad de nosotros en esta congoja.

Y fueron escuchadas estas palabras, y oraron de corazón al Padre común que está en el cielo.

Y cuando hubieron orado, el que había dicho: Oremos, dijo también: Hermanos míos, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quién sabe si lo haremos todos juntos?

Y pusieronse en pie, y todos a una empujaron el peñasco, y el peñasco cedió, y prosiguieron en paz el viaje interrumpido.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, el peñasco son las miserias que encuentra a cada paso en su camino.

Ningún hombre podría remover solo ese peñasco; pero Dios ha graduado su peso de tal suerte, que no detiene jamás a aquellos que viajan juntos.

VIII

En el principio el trabajo no era necesario al hombre para vivir, la tierra proveía ella misma a sus necesidades todas.

Empero el hombre delinquirió, y como se había rebelado contra Dios, rebelose la tierra contra él.

Aconteciole lo que acontece al mancebo que se alza contra su padre; el padre le niega su amor y le abandona; y los familiares de su casa se niegan a servirle, y vase buscando de aquí para allí su pobre vida, y comiendo el pan ganado con el sudor de su rostro.

De entonces, pues, Dios ha condenado a todos los hombres al trabajo, y todos tienen su tarea de cuerpo o de ánimo, y los que dicen: Yo no trabajaré, esos son los más miserables.

Porque bien así como devoran los gusanos un cadáver, los devoran los vicios a ellos, y si no los vicios, el fastidio.

Y cuando Dios quiso que el hombre trabajase, ocultó un tesoro en el trabajo, porque es Padre, y el amor de un padre es infinito.

Y para aquel que hace buen uso de este tesoro y no le disipa insanamente, llega un tiempo de reposo, y entonces viene a estar como estaban los hombres en el principio.

Y díjoles Dios también este precepto: Ayudaos los unos a los otros, porque entre vosotros los hay más fuertes y más débiles, sanos y enfermos; todos, empero, tienen que vivir.

Y si obráis así, todos viviréis, porque yo premiaré la piedad que de vuestros hermanos hubiereis tenido, y yo fecundaré vuestro sudor.

Y lo que Dios ha prometido se ha visto siempre realizado, y nunca se ha visto faltar el pan al que ayudó a sus hermanos.

Hubo, empero, en otro tiempo un hombre malo y maldecido del cielo. Y este hombre era fuerte y aborrecía el trabajo; de suerte que dijo para sí: ¿Cómo me valdré? Si no trabajo habré de perecer, y me es sin embargo el trabajo insoportable.

Entrole entonces en el corazón un pensamiento del infierno. Fuese de noche, y asió de algunos de sus hermanos en tanto que dormían, y cargolos de cadenas.

Porque, decía él, yo los forzaré con el látigo y el azote a trabajar para mí, y yo comeré el fruto de su trabajo.

E hízolo como lo había pensado; visto lo cual por otros, hicieron otro tanto, y de entonces más dejó de haber hermanos: hubo amos y esclavos.

Ese día fue día de luto sobre toda la redondez de la tierra.

Mucho tiempo después hubo otro hombre más malo que el primero, y más maldecido del cielo.

Viendo que los hombres se habían multiplicado por todas partes, y que era su muchedumbre innumerable, dijo para sí:

Acaso podré aherrojar a algunos y obligarlos a trabajar para mí: empero será fuerza alimentarlos, y esto aminorará mi ganancia. Hagámoslo mejor.

¡Que trabajen de balde! Morirán en verdad: pero como su número es grande, yo habré acumulado riquezas antes de que se hayan disminuido demasiado, y siempre quedarán bastantes.

Pero toda aquella muchedumbre vivía de lo que recibía en trueque de su trabajo.

Habiéndose hablado a sí mismo de aquella suerte, abocose en particular con algunos, y díjoles: Vosotros trabajáis seis horas, y os dan una moneda por vuestro trabajo.

Trabajad doce horas, y ganaréis dos monedas, y viviréis más anchos vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Y ellos le creyeron.

Díjoles en seguida: Vosotros no trabajáis más que la mitad de los días del año; trabajad todos los días, y vuestra ganancia será doble.

Y creyéronle también.

Aconteció de aquí que habiéndose aumentado en un duplo la cantidad de trabajo, sin que fuese mayor la necesidad de trabajo, la mitad de aquellos que vivían antes de su tarea no hallaron quien los emplease.

Entonces el hombre malo a quien habían creído, les dijo: Yo os daré trabajo a todos, con la condición de que habréis de trabajar el mismo tiempo, y yo no os pagaré más que la mitad de lo que antes os pagaba, porque quiero, sí, haceros favor, mas no arruinarme.

Y como tenían hambre, ellos, sus mujeres y sus hijos, aceptaron la proposición del hombre malo, y le bendijeron, porque, decían ellos, nos da la vida.

Y prosiguiendo en engañarlos de la misma suerte, el hombre malo aumentó de día en día su trabajo, y disminuyó cada vez más su salario.

Y moríanse de necesidad; mas otros se apresuraban a reemplazarlos, porque la indigencia había llegado a ser tan grande en el país, que se vendían las familias enteras por un pedazo de pan.

Y el hombre malo que había mentado a sus hermanos, acumuló más riquezas que el hombre malo que los había encadenado.

Este tiene por nombre Tirano: el otro no tiene nombre sino en el infierno.

IX

Estáis en este mundo como extranjeros.

Tomad hacia el Norte o hacia el Mediodía, hacia el Oriente o hacia el Occidente; donde quiera que os detengáis encontraréis alguien que os expulsará, diciendo: Este campo es mío.

Y después de haber recorrido todos los países, volveréis habiendo aprendido que no hay en parte alguna un rincón de tierra donde vuestra mujer pueda dar a luz su primogénito, donde podáis descansar, acabada vuestra tarea, y en el cual, llegada vuestra última hora, puedan vuestros hijos enterrar vuestros huesos, como en sitio que os pertenezca.

Gran miseria es ésta en verdad.

Empero no debéis apocaros; porque está escrito de aquel que salvó al género humano:

El zorro tiene su guarida, las aves del aire tienen su nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde apoyar su cabeza.

Hase hecho pobre, empero, para enseñaros a soportar la pobreza.

No que venga la pobreza de Dios, sino que antes es secuela de la corrupción y de las malas codicias de los hombres; y he aquí por qué habrá pobres eternamente.

La pobreza es hija del pecado, cuyo germen está en cada hombre, y de la servidumbre, cuyo germen está en cada sociedad.

Pobres habrá siempre, porque el hombre no destruirá en sí jamás el pecado.

Pero cada vez habrá menos pobres, porque la servidumbre irá poco a poco desapareciendo de la sociedad.

¿Queréis destruir la pobreza? Procurad destruir el pecado, primeramente en vosotros mismos, en los otros después, y la servidumbre en la sociedad.

No es tomando lo que a otro pertenece como se puede destruir la pobreza; porque ¿de qué suerte haciendo pobres podría disminuirse el número de los pobres?

Cada uno tiene el derecho de conservar lo que posee, y sin eso nadie poseería nada.

Empero cada uno tiene también el derecho de adquirir con su trabajo lo que no tiene, y sin eso sería eterna la pobreza.

Emancipad, pues, vuestro trabajo, emancipad vuestros brazos, y no será de entonces más la pobreza entre los hombres sino una excepción permitida por Dios para recordarles la fragilidad de su naturaleza, y el mutuo apoyo, y el amor que los unos se deben a los otros.

X

Cuando gemía la tierra toda en la expectativa de su salvación, alzose una voz en la Judea, la voz de aquel que venía a padecer y a morir por sus hermanos, y de aquel a quien por desprecio llamaban algunos el Hijo del carpintero.

El Hijo, pues, del carpintero, pobre y abandonado en el mundo, decía:

«Venid a mí, vosotros todos los que gemís bajo el peso del trabajo, y yo os reanimaré.»

Y desde entonces hasta el día ninguno de los que han creído en él ha dejado de encontrar alivio en su miseria.

Para curar los males que afligen a los hombres, predicábaseles a todos la justicia, que es el principio de la caridad, y la caridad, que es la consumación de la justicia.

Ahora bien, la justicia ordena respetar el derecho de otro, y algunas veces prescribe la caridad que ceda uno el suyo propio en beneficio de la paz, o de otro cualquier bien.

¿Qué sería el mundo si cesase de reinar el derecho en él, si no gozase cada cual seguridad personal, y no disfrutase sin temor de lo que es suyo?

Más valiera vivir en el fondo de los bosques que en sociedad de tal suerte entregada al latrocinio.

Lo que toméis hoy, otro os lo tomará mañana. Serán los hombres más miserables que las aves del cielo, a quienes las otras aves de su especie no roban el alimento, ni arrebatan el nido.

¿Qué cosa es un pobre? Es aquel que no tiene todavía propiedad.

¿Qué anhela? Dejar de ser pobre, es decir, adquirir una propiedad.

Empero aquel que roba y que saquea, ¿qué otra cosa hace sino anular, en cuanto de su parte puede, el derecho mismo de propiedad?

Robar, saquear es, pues, así atacar al pobre como al rico: es trastornar el fundamento de toda sociedad entre los hombres.

Quien quiera que nada posee, no puede llegar a poseer sino en cuanto a que otros poseen ya; pues que éstos solamente pueden darle algo en cambio de su trabajo.

El orden es bien, es interés de todos.

No lleguéis vuestros labios a la copa del crimen: en el fondo está el amargo desengaño, y la agonía y la muerte.

XI

Yo había visto los males que pesan sobre la tierra, el débil oprimido, el justo mendigando su pan, ensalzado el malvado a los honores, y rebosando riquezas, condenado el inocente por jueces inicuos, y errantes sus hijos a la intemperie.

Y mi alma yacía triste, y derramábase de ella la esperanza como de vasija rompida.

Y enviome Dios profundo sueño.

En mi sueño vi una manera de forma luminosa, en pie delante de mi, un espíritu cuya mirada dulce y perspicaz penetraba hasta el fondo de mis más secretos pensamientos.

Y estremecime, no de temor, ni de gozo, sino como de una sensación, mezcla inexplicable y expresión de uno y de otro.

Y díjome el Espíritu: ¿Por qué estás triste?

Y respondí con lágrimas en los ojos: ¡Oh! mirad y ved los males que pesan sobre la tierra.

Y dióse a reír la figura celestial con inefable sonrisa, y llegaron estas palabras a mis oídos:

Tu vista nada distingue sino al través de ese prisma engañoso que llaman las criaturas tiempo. El tiempo no existe sino para vosotros: para Dios no hay tiempo.

Y yo callaba, porque nada comprendía.

Y de repente el Espíritu: Mira, me dijo.

Y no habiendo ya de entonces más para mí ni antes, ni después, en un punto mismo vi, y a la vez, lo que en su lengua mísera y mezquina designan los mortales con los nombres de pasado, presente y porvenir.

Y todo era uno, y, para decir con todo lo que vi, fuerza me es descender de nuevo al seno del tiempo, fuerza me es hablar la lengua mísera y mezquina de los hombres.

Y todo el género humano me parecía como un solo hombre.

Y ese hombre había hecho mucho mal, poco bien; había experimentado muchos dolores, pocas alegrías.

Y paraba allí, yaciendo en su miseria, sobre una tierra ora yerta, ora abrasada, flaco, hambriento, doliente, agobiado de una languidez interrumpida sólo por convulsiones, abrumado de cadenas forjadas en la morada infernal.

Su diestra mano había cargado con ellas su mano izquierda, y la izquierda había cargado a la derecha, y en medio de sus malos ensueños habíase de tal suerte rodeado en sus propios hierros que estaba de ellos y con ellos su cuerpo entero cubierto y aherrojado.

Porque, en cuanto le tocaban solamente, pegábanse a su piel como plomo hirviente, entraban en las carnes y no salían más de ellas.

Y aquel era el hombre: lo reconocí.

Y he aquí que un rayo de luz emanaba del Oriente, y un rayo de amor del Mediodía, y un rayo de fuerza del Septentrión.

Y esos tres rayos confluyeron en el corazón de aquel hombre.

Y cuando el rayo de luz partió, dijo una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, sepas lo que saber debes.

Y cuando partió el rayo de amor, otra voz dijo: Hijo de Dios, hermano del Cristo, ama lo que amar debes.

Y cuando el rayo de fuerza surgió, dijo también una voz: Hijo de Dios, hermano del Cristo, haz lo que hacer se debe.

Y cuando se hubieron confundido en uno los tres rayos, uniéronse también las tres voces, y formose de ellas una sola, que dijo:

Hijo de Dios, hermano del Cristo, sirve a Dios, y no sirvas más que a él.

Y entonces, lo que hasta aquel punto no me había parecido sino un solo hombre, apareció a mi vista como multitud de pueblos y de naciones.

Y no me había engañado mi primera ojeada, ni menos me engañaba la segunda.

Y aquellos pueblos y naciones, despertando sobre su lecho de dolor, comenzaron a decirse:

¿De dónde proceden nuestros padecimientos y nuestra languidez, y el hambre y la sed que nos atormentan, y las cadenas que nos encorvan hacia el suelo y entran en nuestras carnes?

Y despejose su entendimiento, y comprendieron que los hijos de Dios, los hermanos del Cristo no habían sido condenados por su Padre a la esclavitud, y que esta esclavitud era la fuente de todos sus males.

Cada cual, pues, probó a romper sus hierros, ninguno empero lo logró.

Y miráronse los unos a los otros con gran lástima, y, obrando el amor en ellos, dijéronse: El mismo pensamiento tenemos todos, ¿por qué no hemos de tener el mismo ánimo? ¿No somos todos los hijos del mismo Dios y los hermanos del mismo Cristo? Salvémonos, o muramos juntos.

Y habiendo dicho esto sintieron dentro de sí un vigor divino, y yo oí sus cadenas crujir, y pelearon seis días contra los que los habían encadenado, y el sexto día quedaron vencedores, y fue el séptimo su día de descanso.

Y la tierra, que estaba seca ya, tornó a reverdecer y brotar, todos pudieron comer de sus frutos, e ir y venir sin que les dijese nadie: ¿Adónde vais? Por aquí no se pasa.

Y los pequeñuelos cogían flores y traíanlas a sus madres, quienes dulcemente les sonreían.

Y ya no había pobres ni ricos, sino que en abundancia tenían todas las cosas necesarias, porque se amaban todos y ayudábanse como hermanos.

Y una voz como de ángel resonó en los cielos: ¡Gloria a Dios, diciendo, que ha dado la inteligencia, el amor, la fuerza a sus hijos! ¡Gloria al Cristo, que ha devuelto la libertad a sus hermanos!

XII

Cuando alguno de vosotros padece una injusticia, cuando, en medio de su camino, le derriba el opresor, y le pone el pie encima, si se queja, nadie le oye.

El grito del pobre sube hasta Dios, empero no llega a oídos del hombre.

Heme preguntado yo: ¿De dónde procede este mal? ¿Por ventura el que ha criado así el pobre como el rico, el débil como el poderoso, habría querido quitar a los unos todo género de temor en sus iniquidades, y a los otros todo género de esperanza en su miseria?

Y he visto que este pensamiento era horrible, y blasfemia contra Dios.

Porque cada uno de vosotros no ama sino a sí mismo, porque se separa de sus hermanos, porque está y quiere estar solo, por eso no es su quejido escuchado.

Durante la primavera, cuando todo se reanima, sale de entre la hierba un ruido que se alza como murmullo prolongado.

Ese ruido, compuesto de tantos ruidos que fuera imposible contarlos, es la voz de multitud innumerable de pequeñuelos y mezquinos seres imperceptibles.

Sola y aislada, ninguna de ellas fuera oída: todas juntas, empero, hácense oír.

Vosotros también estáis ocultos debajo de la hierba; ¿por qué no sale de entre ella voz ninguna?

Cuando se trata de vadear una corriente rápida, fórmanse entre muchos dos hileras a lo largo, y, de esa suerte aunados, los que solos y separados de los demás no hubieran podido resistir el ímpetu de las aguas, las vencen sin dificultad.

Haced así vosotros, y romperéis la corriente de la iniquidad, que aislados os arrastra y os arroja hechos pedazos en la orilla.

Sean tardías vuestras determinaciones, pero firmes. No os entreguéis ni a un primer, ni a un segundo movimiento.

Antes, si contra vosotros se ha cometido injusticia, comenzad por lanzar del pecho todo sentimiento de odio, y, alzando luego las manos y los ojos al cielo, decid a vuestro Padre común:

Señor, vos sois el protector del inocente y del oprimido: porque vuestro amor ha creado el mundo, y vuestra justicia le gobierna.

Vos queréis que reine sobre la tierra, y el malvado opone su voluntad torcida.

Por eso hemos determinado pelear con el malvado.

¡Dad, oh Padre, consejo a nuestro entendimiento, y fuerza a nuestros brazos!

Cuando de esta suerte hayáis orado desde el fondo de vuestra alma, pelead y no temáis.

Si parece la victoria alejarse de vosotros, es sólo una prueba; ella volverá: porque vuestra sangre será como la sangre de Abel degollado por Caín, y vuestra muerte como la muerte de los mártires.

XIII

Era una noche sombría; un cielo sin astros pesaba sobre la tierra, como una losa de mármol negro sobre un sepulcro.

Y nada turbaba el silencio de esta noche, sino era un rumor extraño, como un ligero aleteo que de vez en cuando se oía sobre las campiñas y los pueblos.

Y expresábanse entonces las tinieblas, y cada cual sentía oprimírsele el alma y correr hielo por sus venas.

Y en una sala tendida de negro y alumbrada por una lámpara roja, siete hombres vestidos de púrpura, y ceñida en la cabeza una corona, veíanse sentados sobre siete asientos de hierro.

Y se elevaba en medio de la sala un trono, de hueso edificado, y al pie del trono un crucifijo derribado, y delante del trono una mesa de ébano, y sobre la mesa un vaso lleno de sangre roja y espumosa, y un cráneo.

Y los siete hombres coronados parecían pensativos y tristes, y, desde el fondo de su honda órbita, sus ojos de vez en cuando destellaban chispas de un fuego lívido.

Y alzándose uno de ellos, acercose al trono, vacilando, y puso el pie sobre el crucifijo.

En aquel momento sus miembros temblaron, y pareció como que iba a fallecer. Mirábanle los demás inmóviles: no se movieron en verdad, pero pasó sobre su frente no sé qué, y una sonrisa que no era sonrisa humana contrajo sus labios.

Y aquel, que había parecido próximo a desmayar, extendió su mano, asió del vaso lleno de sangre, derramola en el cráneo y bebiolo.

Y pareció aquel brebaje reanimarle.

Y alzando la cabeza, salió este grito de su pecho con bronco sonido y destemplado:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traído a la tierra la libertad!

Y los otros seis hombres coronados alzáronse todos a la vez, y exhalaron todos a la vez el mismo grito:

¡Maldecido sea el Cristo, que ha traído a la tierra la libertad!

Dicho lo cual, tornáronse a sentar sobre sus asientos de hierro, y dijo el primero:

Hermanos míos, ¿qué haremos para ahogar la libertad? Porque nuestro imperio habrá expirado, si comienza el suyo. Nuestra causa es la misma: proponga pues cada cual lo que más acertado le parezca.

He aquí por mi parte el consejo que me ocurre.

Antes de que el Cristo viniese, ¿quién osaba alzar la frente en nuestra presencia? Su religión nos ha perdido. Destruyamos la religión del Cristo.

Y respondieron todos: Así es la verdad. Destruyamos la religión del Cristo.

Y adelantose otro hacia el trono: tomó el cráneo; derramó sangre en él, y dijo en seguida.

No tan sólo hemos de destruir la religión, sino también la ciencia y el pensamiento; porque la ciencia pugna por saber lo que no es bueno para nosotros que el hombre sepa, y el pensamiento está siempre dispuesto a rebelarse contra la fuerza.

Y respondieron todos: Es verdad. Destruyamos la ciencia y el pensamiento.

Y habiendo hecho lo que habían hecho los dos primeros, dijo un tercero:

Cuando hayamos sumergido de nuevo a los hombres en el embrutecimiento quitándoles la religión, la ciencia y el pensamiento, habremos hecho mucho en verdad, empero algo nos quedará todavía por hacer.

El bruto tiene instintos y simpatías peligrosas. Es preciso que ningún pueblo oiga la voz de otro pueblo, por temor de que si uno se queja y rebulle, no experimente otras tentaciones de imitarle. No penetre pues en nuestra casa ningún rumor de la del vecino.

Y respondieron todos: Es verdad. No penetre en nuestra casa ningún rumor de la del vecino.

Y el cuarto: Nosotros tenemos nuestro interés, y el suyo también los pueblos opuesto al nuestro. Si se unen para defender contra nosotros ese interés, ¿cómo le resistiremos?

Dividamos para reinar. Creemos en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, un interés contrario al de las otras aldeas, al de las otras ciudades, al de las otras provincias.

De esta suerte se aborrecerán todos, y no pensarán en armarse contra nosotros.

Y respondieron los demás: Es verdad. Dividamos para reinar: su concordia es nuestra muerte.

Y el quinto; habiendo derramado sangre dos veces, y dos veces apurado el cráneo:

Bien por esos medios: son buenos, pero no bastan. Cread brutos en buen hora; bien; amedrentad empero esos brutos, aterrados con una justicia inexorable, y con atroces suplicios, si no queréis tarde o temprano ser por ellos devorados. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y los demás: Es verdad. El verdugo es el primer ministro de un buen príncipe.

Y el sexto: Confieso la ventaja de los suplicios pronto, terribles, inevitables. Hay con todo almas fuertes y desesperadas que arrostran los suplicios.

¿Queréis gobernar fácilmente a los hombres? Debilitadlos por medio del placer. La virtud no sirve a nuestro intento, porque alimenta la fuerza: agotémosla más bien con la corrupción.

Y respondieron todos: Es verdad. Agotemos la fuerza y la energía y el valor con la corrupción.

El sétimo entonces, habiendo como los demás bebido en el cráneo humano, habló en estos términos, puestos los pies sobre el crucifijo: No más Cristo: guerra a muerte, guerra sin fin entre él y entre nosotros.

¿Como segregar los pueblos de él? Es tentativa inútil. ¿Qué haremos? Escuchadme: es preciso hacer nuestros los sacerdotes del Cristo, con bienes, con honores, con poder.

Y ellos impondrán al pueblo, en nombre del Cristo, que nos vivan sometidos en todo, hagamos lo que hagamos, y mandemos lo que mandemos.

Y el pueblo los creerá y por conciencia obedecerá, y quedará nuestro poder más asegurado que antes.

Y respondieron todos: Es verdad. Hagamos nuestros los sacerdotes del Cristo.

Y apagose de repente la lámpara que alumbraba la sala, y separáronse los siete hombres en las tinieblas.

Entonces fuele dicho a un justo, que a la sazón velaba y oraba delante de la cruz: Mi día se acerca. Adora y nada temas.

XIV

Y al través de una niebla parda y pesada vi, como se ve en la tierra a la hora del crepúsculo, una llanura desnuda, desierta y fría.

Alzábase en medio un peñasco, de donde gota a gota se destilaba una agua negra, y el débil y sordo ruido de las gotas que acompasadas caían era el único ruido que se oyese.

Y siete veredas, después de haber culebreado en la llanura, venían a morir en el peñasco; y cerca del peñasco, a la entrada de cada una hallábase una piedra entapizada de una cosa húmeda y verde, parecida a la baba de un reptil.

Y he aquí que de pronto, por una de las veredas, divisé una sombra que lentamente se movía; y poco a poco acercándose la sombra, distinguí, no ya un hombre, sino la semejanza de un hombre.

Y en el lugar del corazón, tenía la figura humana una mancha de sangre.

Y sentose sobre la piedra húmeda y verde, y sus miembros temblaban, e inclinada la cabeza, apretábase con sus propios brazos, como queriendo retener un resto de calor.

Y por las otras seis veredas, otras seis sombras fueron sucesivamente llegando al pie del peñasco.

Y cada una de ellas, trémula y apretándose con sus brazos, fuese sentando sobre la piedra húmeda y verde.

Y estaban allí silenciosas y encorvadas bajo el peso de incomprensible agonía.

Y duró su silencio largo espacio, no sé cuánto tiempo, porque nunca sale el sol sobre la llanura aquella: ni hay noche allí, ni hay mañana. Las gotas del agua negra miden y comparten solas, cayendo, una duración monótona, oscura, pesada, eterna.

Y era esto tan horrible que, si Dios no me hubiera dado fuerzas, hubiéranme faltado para verlo.

Y después de una especie de estremecimiento convulsivo, una de las sombras, enderezando su cabeza, produjo un sonido semejante al sonido ronco y seco del viento que sacude un esqueleto.

Y el peñasco rebotó estas palabras hasta mi oído:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y las otras seis sombras se estremecieron, alzando a la vez todas la cabeza, salió de su pecho la blasfemia misma.

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y fueron al punto sobrecogidas de temor más fuerte, se espesó la niebla, y por corto espacio cesó el agua negruzca de caer.

Y las siete sombras habían sucumbido de nuevo al peso de su secreta agonía, y hubo un silencio profundo más largo que el primero. Una de ellas en seguida, sin alzarse de la piedra, inmóvil e inclinada, dijo a las demás:

Haos pues sucedido como a mí. ¿De qué nos han servido nuestros consejos?

Y otra repuso: La fe y el pensamiento han roto las cadenas de los pueblos: la fe y el pensamiento han emancipado la tierra.

Y dijo otra: Queríamos dividir a los hombres, y nuestra opresión los ha unido contra nosotros.

Y otra: Hemos derramado la sangre, y ha recaído esta sangre sobre nuestras cabezas.

Y otra: Hemos sembrado la corrupción, y ha germinado entre nosotros y ha devorado nuestros huesos.

Y otra: Hemos creído sofocar la libertad, y su soplo ha secado nuestro poder hasta en sus raíces.

La séptima sombra entonces:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y todas a una voz:

El Cristo ha vencido: ¡maldito sea!

Y vi entonces una mano adelantándose: humedeció el dedo en el agua negruzca, cuyas gotas miden cayendo la eterna duración, marcó en la frente a las siete sombras, y fue para siempre.

XV

No tenéis que pasar más que un día sobre la tierra: haced por pasarlo en paz.

La paz es fruto del amor: porque para vivir en paz, es preciso saber soportar muchas cosas.

Nadie es perfecto, todos tienen sus defectos: cada hombre es pesado a los demás, y sólo el amor puede tornar leve ese peso.

Si no podéis soportar a vuestros hermanos, ¿Cómo podrán soportaros vuestros hermanos a vosotros?

Escrito está del Hijo de María: Como había amado a los suyos, que eran en el mundo, amalos hasta el fin.

Amad pues a vuestros hermanos que son en el mundo, y amadlos hasta el fin.

El amor es incansable. El amor es inagotable vive y renace de sí propio, y tanto más se comunica, tanto más crece.

El que se ama a sí mismo más que a su hermano no es digno del Cristo, muerto por sus hermanos. Habéis dado ya vuestros bienes; dad también vuestra vida; el amor os lo devolverá todo.

Yo os lo digo en verdad, el corazón del que ama es un paraíso en la tierra. Lleva a Dios en sí, porque Dios es todo amor.

El hombre vicioso no ama, sino codicia: tiene hambre y sed de todo; su mirar, como el mirar de la serpiente, fascina y atrae, empero, para devorar.

El amor descansa en el fondo de las almas puras, como una gota de rocío en el cáliz de una flor.

¡Oh si supierais lo que es amar!

Decís que amáis; y muchos de nuestros hermanos están sin pan con que sostener su vida, sin ropas con que cubrir su desnudez, sin techo que los abrigue, sin un puñado tal vez de paja para dormir encima, en tanto que tenéis las cosas todas en abundancia.

Decís que amáis, y hay en gran número enfermos que desfallecen, privados de socorros, sobre pobre estera, desdichados que lloran sin que llore nadie por ellos, párvulos que se andan pasados del frío, pidiendo de puerta en puerta a los ricos una migaja de su mesa, y pidiéndola en vano.

Decís que amáis a vuestros hermanos. ¿Qué otra cosa haríais pues si los aborrecieseis?

Yo os lo digo: quienquiera que, pudiendo, no alivia a su hermano doliente, es el enemigo de su hermano; y quienquiera que, pudiendo, no alimenta a su hermano hambriento, es un asesino.

XVI

Hombres hay que no aman a Dios, y que no le temen: huid de ellos, porque de ellos sale un vapor de maldición.

Huid del impío, porque su aliento mata: empero no le aborreczáis, porque ¿quién sabe si Dios no ha mudado ya su corazón?

El hombre que aun de buena fe dice: No creo, suele engañarse. Existe allá dentro en el alma, en el fondo mismo del alma, una raíz de fe que no se marchita nunca.

La palabra que niega a Dios abrasa los labios por donde pasa, y la boca que se abre para blasfemar es una boca del infierno.

El impío está solo en el universo. Todas las criaturas alaban a Dios, todo lo que siente le bendice, todo lo que piensa le adora: el astro del día y el de la noche le cantan en su lengua misteriosa.

Dios ha escrito en el firmamento su nombre tres veces santo.

¡Gloria a Dios en las alturas de los cielos!

Halo escrito también en el corazón del hombre, y el hombre bueno le conserva allí con amor, otros tratan empero de borrarle.

¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

Dulce es su sueño, y su muerte aún más dulce; porque saben que vuelven al seno de su Padre.

Bien así como el pobre labrador, al caer del día, deja el campo, y vuelve a su choza, y sentado delante de la puerta, olvida sus fatigas mirando al cielo; así, al anochecer de la vida, el hombre de esperanza torna con regocijo a la casa paterna, y, sentado en el lintel, olvida las penalidades del destierro en las visiones de la eternidad.

XVII

Dos hombres eran vecinos, y tenía cada uno de ellos una mujer y varios hijos pequeños, y sólo su trabajo para mantenerlos,

Y el uno de esos hombres se inquietaba, diciendo: Si muero o si enfermo, ¿qué vendrá a ser de mi mujer y de mis hijos?

Y este pensamiento no le abandonaba, y roía su corazón como roe un gusano la fruta en que está escondido.

Ahora bien, igual pensamiento había ocurrido también al otro padre, mas no se había detenido en él; porque decía él: Dios, que conoce sus criaturas todas y que vela sobre ellas, velará también sobre mí, y sobre mi mujer y mis hijos.

Y éste vivía tranquilo, en tanto que el primero no gozaba un instante de reposo, ni interiormente de alegría.

Un día, que trabajaba en el campo, triste y abatido a causa de su temor, vio unos pájaros que entraban en unas matas, y que salían y que tornaban después.

Y, habiéndose acercado, vio dos nidos al lado uno de otro, y en cada uno sendos pajarillos recién salidos del huevo, y sin plumas todavía.

Y cuando hubo vuelto a su faena, alzaba de vez en cuando los ojos, y miraba a aquellos pájaros que iban y que venían, llevando el alimento a sus pequeños.

Mas he aquí que de pronto, o a la sazón que se volvía una de las madres con provisiones en el pico, áselas un buitre, y la arrebató, y la mísera madre, porfiando en balde por desasirse de sus garras, lanzaba agudos chillidos.

Eso visto, el hombre que trabajaba sintió su alma más conturbada que de primero; porque, presumía él, la muerte de la madre es la muerte de los hijos.

Así también los míos a nadie tienen sino a mí. ¿Qué será de ellos si les faltó?

Y el día entero anduvo triste y sombrío, y a la noche no durmió.

A la mañana, de vuelta al campo, se dijo: Quiero ver los hijuelos de esa pobre madre: algunos habrán perecido ya. Y encaminose hacia las matas.

Y mirando, vio sanos y tranquilos los pequeñuelos; ninguno parecía haber sufrido.

Y habiéndole esto admirado, ocultose para observar cuanto pasase.

Y trascurrido breve plazo, oyó un suave grito, y vio a la segunda madre, que a toda prisa traía el alimento que había recogido, y lo distribuyó entre todos los pajarillos indistintamente, y para todos hubo, y no quedaron los huérfanos abandonados en su miseria.

Y el padre que había desconfiado de la Providencia, refirió por la noche al otro padre cuanto había visto.

Y díjole éste: ¿Por qué inquietarse? Nunca abandona Dios a los suyos. Su amor encierra secretos que no conocemos. Creamos, esperemos, amemos, y prosigamos en paz nuestro camino.

Si muero antes que vos, vos seréis el padre de mis hijos; si morís antes que yo, seré el padre de los vuestros.

Y si uno y otro morimos antes de que estén en edad de proveer ellos mismos a sus necesidades, tendrán por padre al Padre común que está en el cielo.

Cuando habéis orado, ¿no sentís vuestro corazón más aliviado, y vuestra alma más contenta?

La oración torna la aflicción menos dolorosa, y el gozo más puro: préstale a aquélla dulzura y cordiales y a éste un perfume celeste.

¿Qué haréis en la tierra? ¿no tenéis nada que pedir al que os puso en ella?

Sois un viajero que busca su patria.

No caminéis con la cabeza inclinada: es preciso levantar los ojos para reconocer el camino.

Vuestra patria es el cielo; y cuando miráis al cielo, ¿no pasa nada dentro de vosotros? ¿no os agita ningún deseo? ¿o es mudo por ventura ese deseo?

Hailos que dicen: ¿Para qué orar? Dios es hartos superior a nosotros para escuchar tan mezquinas criaturas.

Mas ¿quién ha hecho esas mezquinas criaturas, quién les ha dado el sentido, y el pensamiento, y la palabra, sino Dios?

Y si tan bueno ha sido para con ellas, ¿era por ventura para abandonarlas después y rechazarlas lejos de sí?

En verdad, yo os lo digo, todo aquel que dice en su corazón que Dios desprecia sus obras, blasfema a Dios.

Otros hay que dicen: ¿A qué fin orar? ¿no sabe Dios por ventura mejor que nosotros lo que nos hace falta?

Dios sabe mejor que vosotros lo que os hace falta, y por eso mismo quiere que le pidáis; porque Dios es él mismo, y todo él vuestra primera necesidad, y rogar a Dios, es empezar a poseer a Dios.

El padre conoce las necesidades de su hijo. ¿Y será bueno sin embargo que sólo por eso no tenga nunca el hijo dispuesta una palabra de súplica y una acción de gracias para su padre?

Cuando los animales sufren, cuando temen, o cuando padecen hambre, lanzan gritos lastimeros. Esos gritos son el ruego que dirigen a Dios, y Dios los escucha. Por ventura, ¿sería el hombre en la creación el único ser cuya voz no hubiese de elevarse nunca hasta el Criador?

A veces pasa sobre las campiñas un viento que seca las plantas, y vense entonces sus vástagos marchitos inclinarse hacia la tierra; humedecidos, empero, por el rocío, recobran su frescura, y alzan de nuevo su lánguida cabeza.

Siempre existen vientos abrasadores que pasan sobre el alma del hombre, y la marchitan. La oración es el rocío que la reanima.

XIX

No tenéis más que un Padre, que es Dios, ni más que un Señor, que es el Cristo.

Cuando se os diga pues de aquellos que ejercen sobre la tierra gran poder: He ahí vuestros señores, no lo creáis. Si son justos, son vuestros servidores; si injustos, vuestros tiranos.

Todos nacen iguales; ninguno al nacer al mundo trae consigo el derecho de mandar.

En una cuna he visto un niño llorando y babeando, y ancianos en derredor suyo que le decían: Señor; y que de rodillas le adoraban. Y he comprendido toda la miseria del hombre.

El pecado es quien ha hecho los príncipes, porque, en vez de amarse y de ayudarse como hermanos, han comenzado los hombres a perjudicarse los unos a los otros.

Entonces escogieron uno o varios, a quienes creían los más justos, a fin de proteger a los buenos contra los malos, y que pudiese el débil vivir en paz.

Y era el poder que ejercían un poder legítimo, porque era el poder de Dios, que quiere que reine la justicia y el poder del pueblo que los había elegido.

Y por eso obligado estaba cada uno en conciencia a obedecerlos.

Pero no tardaron algunos en querer reinar por sí mismos, como si hubieran sido de naturaleza superior a la de sus hermanos.

El poder de estos no es el legítimo, porque es el poder de Satanás, y su imperio es el imperio del orgullo y de la codicia.

Y por eso, cuando haya de resultar un mal mayor, cada cual puede y debe en conciencia resistirles.

-En la balanza del derecho eterno, vuestra voluntad pesa más que la voluntad de los reyes; porque los pueblos son los que hacen los reyes, y son hechos los reyes para los pueblos, y no los pueblos para los reyes.

El Padre común no ha formado los miembros de sus hijos para que fuesen quebrantados con cadenas; ni su alma para que sea lastimada por la servidumbre.

Halos unido en familias, y todas las familias son hermanas; halos unido en naciones, y todas las naciones son hermanas; y quienquiera que separa las familias de las familias, las naciones de las naciones, divide y separa lo que Dios ha unido, perpetra una obra de Satanás.

Lo que une entre sí a las familias con las familias, a las naciones con las naciones, es en primer lugar la ley de Dios, la ley de justicia y de caridad, y la ley en seguida de la libertad, que es también la ley de Dios.

Porque sin la libertad ¿qué género de unión podría existir entre los hombres? Estarían unidos como está unido el caballo con el que le monta, como el azote del amo con la piel del esclavo.

Si alguien pues viene y dice: Sois míos, responded: No; somos de Dios, que es nuestro Padre, y del Cristo, que es nuestro único Señor.

XX

No os dejéis seducir por palabras vanas, Querrán muchos convenceros de que sois realmente libres, porque habrán escrito sobre una hoja de papel la palabra de libertad, y la habrán propalado en las esquinas.

La libertad no es un pasquín para ser leído en una tapia. Es una influencia, un poder vivo que se siente dentro y en derredor de sí, el genio protector del hogar doméstico, la garantía de los derechos sociales, y el primero de esos mismos derechos.

El opresor que se cubre con su nombre es de todos el peor. Une la mentira a la tiranía, y a la injusticia la profanación: porque el nombre de libertad es santo.

Guardaos pues de aquellos que dicen: Libertad, libertad, y que luego la destruyen con sus obras.

¿Elegís vosotros a los que os gobiernan, a los que os mandan que hagáis esto o no hagáis lo otro, a los que ponen a contribución vuestros bienes, vuestra industria, vuestro trabajo? Y si no sois vosotros, ¿cómo sois libres?

¿Podéis disponer de vuestros hijos como mejor os parezca, confiar a quien más os agrade su instrucción y sus costumbres? Y si no podéis, ¿cómo sois libres?

Los pájaros del aire y los insectos mismos reúnen para hacer en común lo que ninguno de ellos podría hacer solo. ¿Podéis reuniros para tratar en común de vuestros intereses, para

defender vuestros derechos, para obtener algún alivio en vuestros males? Y si no podéis, ¿cómo sois libres?

¿Podéis ir de un punto a otro si no se os permite, usar de los frutos de la tierra y de las producciones de vuestro trabajo, mojar siquiera un dedo en el agua del mar, y derramar de ella una gota en la mísera vasija de barro donde se cuece vuestro alimento, sin exponeros a pagar la multa y a ser llevados a la cárcel? Y si no podéis, ¿cómo sois libres?

¿Estáis seguros, al acostaros, de que nadie vendrá, en lo que dure vuestro sueño, a hacer un rebusco en los más secretos sitios de vuestra vivienda, a arrancaros del seno de vuestra familia y lanzaros en un calabozo, sólo porque al poder, en medio de su terror, se le haya pasado por la fantasía sospechar de vosotros? Y si no lo estáis, ¿cómo sois libres?

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando a fuerza de valor y de perseverancia os hayáis emancipado de todas estas trabas.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando hayáis dicho en el fondo de vuestra alma: Queremos ser libres; cuando para llegar realmente a serlo estéis dispuestos a sacrificarlo y a sufrirlo todo.

Lucirá la libertad sobre vosotros, cuando al pie de la cruz en que el Cristo murió para redimiros, hayáis jurado morir los unos por los otros.

XXI

El pueblo es incapaz de conocer sus intereses: débesele por tanto tener siempre bajo tutela. Por ventura, ¿no les toca de derecho a los que más saben dirigir a los que saben menos?

De esta suerte hablan multitud de hipócritas que quieren llevar los negocios del pueblo, a fin de engordarse con la sustancia del pueblo.

Sois incapaces, dicen, de comprender vuestros intereses, y dicho esto, no os permitirán disponer de lo que es vuestro para un objeto que juzguéis útil; sino que dispondrán ellos de ello, mal vuestro grado, para otro objeto que os desagrade o repugne.

Sois incapaces de administrar una pequeña propiedad común, incapaces de saber lo que os conviene, de conocer vuestras necesidades y de remediarlas; y esto dicho, os enviarán, hombres bien pagados, a expensas vuestras, que dirigirán vuestros negocios a su albedrío, os impedirán que hagáis lo que queráis hacer, y os obligarán a hacer lo que no queráis.

Sois incapaces de discernir qué género de educación os conviene dar a vuestros hijos: y por cariño a vuestros hijos los lanzarán en sentinas de impiedad y de malas costumbres, a no que preferáis que vivan desnudos de toda instrucción.

Sois incapaces de juzgar si podéis, vosotros y vuestras familias, subsistir con el salario que os señalan por vuestro trabajo; y bajo severas leyes se os prohibirá concertaros para obtener un aumento en ese salario para que podáis vivir vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos.

Si esto que dice esa raza hipócrita y codiciosa fuese verdad, seríais por cierto inferior con mucho al bruto, porque el bruto sabe cuanto de vosotros afirman que no sabéis, y bástale para saberlo el instinto.

Dios no os ha criado para que seáis rebaño de algunos otros hombres. Antes os ha hecho para vivir libremente como hermanos en sociedad. Un hermano nada tiene que mandar a su hermano. Los hermanos se unen entre sí con mutuos convenios, y esos convenios son la ley, y la ley debe de ser acatada, y todos deben unirse para impedir que la violen, porque ella es salvaguardia de todos, voluntad e interés de todos.

Sed hombres: ninguno es poderoso bastante para unciros al yugo mal vuestro grado; pero vosotros podéis sujetar el cuello a la argolla, si queréis.

Hay animales estúpidos, a los cuales se encierra en establos, que son criados para el trabajo, y cebados en su vejez para ser sus carnes comidas.

Otros hay que viven en el campo a su libertad, que nadie puede doblegar a la servidumbre, que no se dejan seducir con pérfidas caricias, ni vencer con amenazas y malos tratos.

Los hombres animosos parécense a éstos; son los cobardes como los primeros.

XXII

Comprended cómo se puede ser libre.

Para ser libre es preciso empezar por amar a Dios, porque si amáis a Dios, haréis su voluntad; y la voluntad de Dios es la justicia y la caridad, sin las cuales no se da libertad.

Cuando con violencia o con arteria se toma lo que es de otro; cuando se le vulnera en su persona; cuando en cosa lícita se le impide obrar conforme a su gusto, o se le fuerza a obrar en contra de él; cuando en cualquier manera se viola su derecho, ¿qué es esto? Una injusticia. La injusticia es pues quien destruye la libertad.

Si cada cual se amase a sí solo, y no amase más que a sí, sin acudir al socorro de los demás, veríase a veces el pobre obligado a robar lo ajeno para vivir y sustentar a los suyos, sería el débil oprimido por el fuerte, y éste por otro más fuerte todavía; reinaría la injusticia en todas partes. La caridad es pues quien conserva la libertad.

Amad a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a vosotros mismos, y desaparecerá la servidumbre de la faz de la tierra.

Sabed con todo que los que se aprovechan de la servidumbre de sus hermanos, pondrán en juego los medios todos de prolongarla. Así emplearán la fuerza como la mentira.

Dirán que el dominio arbitrario de algunos y la esclavitud de los demás es el orden establecido por Dios; y a fin de conservar la tiranía, no temerán blasfemar contra la Providencia.

Respondedles que el Dios de ellos es Satanás, el enemigo del género humano, y el vuestro es el que ha vencido a Satanás.

Soltarán después contra vosotros sus satélites, levantarán cárceles sin número para encerraros, os perseguirán con el hierro y con el fuego, os atormentarán y derramarán vuestra sangre como el agua de las fuentes.

Ahora bien, si no estáis resueltos a pelear sin descanso, a soportarlo todo sin doblaros, a no cansaros jamás, y a no ceder en la vida, conservad vuestras cadenas, y renunciad a una libertad de que sois indignos.

La libertad es como el reino de Dios; sufre violencia, y los violentos la arrebatan.

Y la violencia que os ha de poner en posesión de la libertad, no es la violencia feroz de los ladrones y salteadores, la injusticia, la venganza, la crueldad, sino una voluntad fuerte, inflexible, un valor sereno y generoso.

La causa más santa tórnase causa impía y execrable cuando se emplea el crimen para sostenerla. Puede el hombre criminal pasar de esclavo a tirano; nunca, empero, será libre.

XXIII

Señor, nosotros recurrimos a vos desde el abismo de nuestra miseria.

Como los animales, que no tienen que dar a sus pequeños,

Recurrimos a vos, Señor.

Como la oveja a quien robaron su cordero,

Recurrimos a vos, Señor.

Como la paloma sorprendida por el sacre,

Recurrimos a vos, Señor.

Como el gamo entre las garras del tigre,

Recurrimos a vos, Señor.

Como el toro vencido del cansancio y ensangrentado por el arpón,

Recurrimos a vos, Señor.

Como el pájaro herido y perseguido por el perro,

Recurrimos a vos, Señor,

Como la golondrina rendida a la fatiga al cruzar los mares, y palpitante sobre las olas,

Recurrimos a vos, Señor.

Como viajeros extraviados en un desierto abrasado y sin agua,

Recurrimos a vos, Señor.

Como náufragos en playa estéril,

Recurrimos a vos, Señor.

Como aquel que, cerrada ya la noche, encuentra junto a un cementerio un espectro repugnante,

Recurrimos a vos, Señor.

Como el padre a quien le arrebatan el pedazo de pan que llevaba a sus hijos hambrientos,

Recurrimos a vos, Señor.

Como el preso, a quien injusto poderoso lanzó en calabozo húmedo y sombrío,

Recurrimos a vos, Señor.

Como el esclavo destrozado por el azote del amo,

Recurrimos a vos, Señor.

Como el inocente arrastrado al cadalso,

Recurrimos a vos, Señor.

Como el pueblo de Israel en la tierra de esclavitud,

Recurrimos a vos, Señor.

Como los descendientes de Jacob, cuyos primogénitos ahogaba el rey de Egipto en el Nilo.

Recurrimos a, vos, Señor.

Como las doce tribus, cuyo trabajo aumentaban diariamente sus opresores, cercenándoles a la vez el alimento,

Recurrimos a vos, Señor.

Como todas las naciones de la tierra, antes de que hubiese lucido la aurora de redención,

Recurrimos a vos, Señor.

Como el Cristo enclavado en la cruz, cuando dijo: Padre, Padre, ¿por qué me habéis abandonado?

Recurrimos a vos, Señor.

Señor, vos no habéis desamparado a vuestro hijo, a vuestro Cristo, sino en la apariencia y por breve espacio: tampoco desampararéis para siempre jamás a los hermanos del Cristo. Su divina sangre, que los ha rescatado de la esclavitud en que el príncipe de este mundo los tenía, los redimirá también de la esclavitud en que los tienen los ministros del príncipe de este mundo. Ved sus pies y sus manos taladradas, abierto su costado y cubierta su cabeza de sangrientas llagas. Dentro de la tierra misma que en herencia les dejaste, hanles ahondado un vasto sepulcro, donde los han arrojado confundidos, y han sellado la losa con un sello, en el cual, por sarcasmo, han osado grabar vuestro santo nombre. Y allí paran, Señor, yacientes, empero no para siempre. Tres días más, y romperase el sello sacrílego, y será la losa quebrantada, y los que duermen se despertarán, y el reino del Cristo, que es todo justicia y caridad, y paz y alegría en el Espíritu Santo, comenzará. Así sea.

Cuanto en el mundo sucede lleva por delante una señal precursora.

Antes de que salga un sol, tñese el horizonte en mil tintas, y parece el Oriente un mar de fuego.

Antes de que estalle la tormenta, óyese en la playa un rumor sordo, agítanse las olas como por sí mismas.

Los innumerables pensamientos diversos que se cruzan y confunden en el horizonte del mundo espiritual, son la señal precursora que anuncia la próxima salida del sol de las inteligencias.

El murmullo confuso, y el desasosiego interior de los pueblos conmovidos, son la señal precursora de la tormenta que en breve ha de pasar sobre las naciones trémulas.

Preparaos, porque los tiempos se acercan.

En aquel día, habrá grandes terrores, y gritos tales como no se han oído desde los tiempos del diluvio.

Los reyes aullarán sobre sus tronos; en balde pugnarán por retener con entrambas manos sus coronas, arrebatadas por los huracanes, y serán con ellas barridos.

Los ricos y los poderosos saldrán desnudos de sus palacios por temor de ser bajo sus ruinas sepultados.

Veráelos, errantes por los caminos, pedir a los transeúntes algunos harapos para cubrir su desnudez, un poco de pan negro para aplacar su hambre, y dudo si lo obtendrán.

Y habrá hombres de quienes se apoderará la sed de sangre, y que adorarán la muerte, y que querrán hacerla adorar.

Y la muerte extenderá su mano de esqueleto como para bendecirlos, y bajará esa bendición sobre su corazón, y cesará de latir.

Conturbaranse los sabios en su ciencia, y aparecerales como un átomo negro, cuando salga el sol de las inteligencias.

Y a medida que se alce, derretirá su calor las nubes amontonadas por la tempestad, y no serán de entonces más sino un ligero vapor, que un viento suave barrerá hacia el Poniente.

Nunca habrá estado el cielo tan sereno, ni tan verde la tierra y tan fecunda.

Y en vez del débil crepúsculo, que llamamos día, una luz viva y pura se irradiará de lo alto como reflejo de la faz de Dios.

Y miraranse los hombres a esta luz, y dirán: No nos conocíamos a nosotros, ni conocíamos a los demás: no sabíamos lo que era el hombre. Ahora lo sabemos.

Y cada uno se amará a sí propio en su hermano, y tendrá a dicha servirle; y no habrá pequeños, ni habrá grandes, a causa del amor, que lo iguala todo, y las familias todas no serán más que una familia, ni las naciones todas sino una nación.

He aquí el sentido de las letras misteriosas que los ciegos judíos sobrepusieron a la cruz del Cristo.

XXV

Era una noche de invierno. Silbaba el viento fuera, y blanqueaba la nieve los tejados.

Debajo de uno de esos tejados, en vivienda estrecha, se veían sentados, haciendo labor de manos, una mujer con cabellos blancos, y una muchacha.

Y de vez en cuando calentaba la anciana a su mezquino brasero sus manos descoloridas. Una lámpara de barro alumbraba la pobre estancia, y un rayo de la lámpara iba a morir en una imagen de la Virgen, pendiente de la pared.

Y la inocente muchacha, alzando los ojos, contempló silenciosa un breve instante la mujer de los cabellos blancos, y luego dijo: Madre mía, no habéis vivido siempre en este abandono.

Y había en su voz suavidad y ternura inexplicables.

Y la mujer de los cabellos blancos respondió: Hija mía, Dios es árbitro; lo que hace, bien hecho está.

Dichas estas palabras, calló por breve espacio, y repuso en seguida:

Cuando perdí a tu padre sentí un dolor que creí sin consuelo: tú con todo me quedabas; pero entonces sólo en él pensaba.

Después he pensado que si hubiera vivido, y nos hubiera visto en tal penuria, su alma se hubiera despedazado; y he conocido que Dios había sido misericordioso para con él.

La inocente muchacha no respondió nada, pero inclinó la cabeza, y algunas lágrimas, que procuraba ocultar, cayeron sobre el retazo que en las manos tenía.

La madre añadió: Dios que ha sido misericordioso con él, lo ha sido también con nosotras. ¿Qué nos ha faltado, en tanto que a otros les falta todo?

Fuerza ha sido en verdad acostumbrarnos a poco, y aun eso poco granjearlo con nuestro trabajo; pero eso poco, ¿no basta? ¿y no se han visto todos desde el principio condenados a vivir de su trabajo?

Dios, en su bondad, nos ha dado el pan de cada día; ¿y cuántos carecen de él? un albergue; ¿y cuántos no saben dónde albergarse?

Me ha dado, además, a ti; ¿de qué puedo quejarme?

Oídas estas últimas palabras, la inocente, conmovida, cayó a los pies de su madre, tomole las manos, las besó, e inclinose llorando sobre su regazo.

Y la madre, esforzando la voz, como más pudo: Hija mía, no está la dicha en poseer mucho, sino en esperar y amar mucho.

Nuestra esperanza no está aquí abajo, ni nuestro amor tampoco; o si está es sólo de paso.

Después de Dios, tú lo eres todo para mí en este mundo, pero este mundo se desvanece como un sueño, y por eso se sublima mi amor contigo a otro mundo mejor.

Cuando te llevaba en mi seno, rogué un día con más fervor a la Virgen María, y apareciome en tanto que dormía, y me parecía que con celestial sonrisa me presentaba una criatura.

Y cogí la criatura que me presentaba, y, cuando la tuve en mis brazos, colocó la Virgen María sobre su cabeza una corona de rosas blancas.

Pocos meses después naciste, y la dulce visión no se apartaba de mis ojos.

Diciendo esto, la anciana encanecida se estremeció, y estrechó contra su corazón a la inocente muchacha.

De allí a poco tiempo una alma bienaventurada vio dos figuras luminosas remontarse al cielo; un coro de ángeles las acompañaba, y vibraban en el aire los cánticos de alegría.

XXVI

Lo que vuestros ojos ven, lo que tocan vuestras manos no son sino sombras, y el sonido que hiera vuestro oído no es sino un eco grosero de la voz interior y misteriosa que adora y ruega y gime en el seno de la creación.

Porque toda criatura gime, toda criatura pugna por nacer a la vida verdadera, por pasar de las tinieblas a la luz, de la región de las apariencias a la de las realidades.

Ese sol brillante, tan hermoso, no es sino el ropaje, el emblema oscuro del verdadero sol, que alumbra y vivifica las almas.

Esta tierra, tan rica y verdecida, no es sino la pálida mortaja de la naturaleza; porque la naturaleza, también degenerada, ha bajado al sepulcro, como el hombre, pero como él para renacer.

Debajo de esa densa vestimenta del cuerpo, semejáis a un viajero, que en su tienda de campaña, y ya cerrada la noche, ve, o cree ver pasar fantasmas.

El mundo real está velado para vosotros. El que se recoge dentro de sí mismo le entrevé como a lo lejos. Secretas influencias que duermen dentro de él dispiértanse un momento, sollevantan una punta del velo que el tiempo tiene con su mano rugosa, y encuéntrase su vista interior absorta en las maravillas que contempla.

Vosotros estáis también en la orilla del Océano de los seres; no penetráis, empero, sus honduras. Camináis a la caída de la tarde a orillas del mar, y sólo divisáis un poco de espuma, que arrojan las oleadas en la playa.

¿Con qué otra cosa os compararé?

Sois como la criatura en el seno de la madre, que espera la hora del nacimiento: como el insecto alado en el gusano reptil, anhelando salir de esta cárcel terrenal, para tomar vuestro vuelo hacia el Empíreo.

XXVII

¿Quién se apiñaba al rededor del Cristo para oír su palabra? El pueblo.

¿Quién le seguía en la montaña y en los sitios desiertos para escuchar sus lecciones? El pueblo.

¿Quién quería elegirle por rey? El pueblo.

¿Quién extendía sus vestiduras y arrojaba palmas delante, de él, gritando Hossanna, a la sazón de su entrada en Jerusalén? El pueblo.

¿Quién se escandalizaba a causa de los enfermos que curaba el día del sábado? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le interrogaba insidiosamente y le tendía lazos para perderle? Los escribas y los fariseos.

¿Quién decía de él: Está poseído? ¿Quién le llamaba hombre de gula, y amante de la buena vida? Los escribas y los fariseos.

¿Quién le trataba de sedicioso y blasfemo? ¿quiénes se coligaron para darle muerte? ¿quién le crucificó en el Calvario, entre dos salteadores de caminos?

Los escribas y los fariseos, los doctores de la ley, el rey Herodes y sus cortesanos, el gobernador romano y los príncipes de los sacerdotes.

Su astucia hipócrita engañó al mismo pueblo. Moviéronle a pedir la muerte de aquel que le había alimentado en el desierto con siete panes, que devolvía la salud a los enfermos, la vista a los ciegos, el oído a los sordos, y el uso de sus miembros a los paralíticos.

Pero Jesús, viendo que habían seducido a aquel pueblo como la serpiente sedujo a la mujer, rogó a su Padre, diciendo: Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y sin embargo, diez y ocho siglos han pasado, y el Padre no los ha perdonado todavía, y arrastran su suplicio por la redondez de la tierra, y por todas partes el esclavo tiene que bajarse para verlos.

La misericordia del Cristo no reconoce excepción. Ha venido al mundo para salvar, no a algunos hombres, sino a los hombres todos; para cada uno de ellos ha tenido una gota de sangre.

Pero especialmente amaba con amor de predilección a los pequeños, a los débiles, a los humildes, a los pobres, a aquellos que sufren.

Latía su corazón sobre el corazón del pueblo, y el corazón del pueblo latía sobre el suyo.

Y allí es, sobre el corazón del Cristo, donde los pobres enfermos se reaniman, y donde los pueblos oprimidos reciben fuerza y valor para emanciparse.

¡Ay de aquellos que se alejan de él y que le niegan! Su miseria es irremediable y eterna su servidumbre.

XXVIII

Tiempos se han visto en que el hombre creía ofrecer a Dios un sacrificio agradable, degollando al hombre cuyas creencias diferían de las suyas.

Mirad con horror esos homicidios, execrables.

¿De qué suerte pudiera la muerte del hombre agradar a Dios, que ha dicho al hombre: No matarás?

Cuando la sangre del hombre corre sobre la tierra, como ofrenda al Señor, acuden los espíritus infernales a beberla, y éntanse en aquel que la ha derramado.

Comiézase sólo a perseguir cuando se pierde la esperanza de convencer; y quien desespera de convencer, o blasfema en su interior el poder de la verdad, o carece él mismo de confianza en la verdad de las doctrinas que anuncia.

¿Qué insania mayor que decir a los hombres: Creed o morid?

La fe es hija del Verbo: penetra en los corazones con la palabra, y no con el puñal.

Jesús pasó haciendo bien, cautivando con la bondad, y moviendo con su dulzura las almas más empedernidas.

Sus labios divinos bendecían, y no maldecían sino a los hipócritas. No escogió, empero, verdugos para apóstoles.

Decía a los suyos: Dejad que crezcan juntos hasta la siega el bueno y el mal grano: el padre de familia los separará en la era.

Y a aquellos que le querían obligar a hacer descender el fuego del cielo sobre una ciudad incrédula: Vosotros no sabéis cuál espíritu es el vuestro.

El espíritu de Jesús es espíritu de paz, de misericordia y de amor.

Los que en su nombre persiguen, los que escrutan las conciencias con la espada, los que atormentan el cuerpo para convertir el alma, los que provocan las lágrimas en vez de enjugarlas, esos todos no participan del espíritu de Jesús.

¡Ay del que profana el Evangelio, tornándole para los hombres objeto de terror! ¡ay del que escribe la nueva feliz sobre hoja ensangrentada!

Acordaos de las catacumbas.

En aquel tiempo os arrastraban al cadalso, os arrojaban a las fieras en el anfiteatro para servir de solaz al populacho, os lanzaban por miles en el fondo de las minas y en las cárceles, os confiscaban vuestros bienes, os hollaban con los pies como lodo de las plazas públicas; y para celebrar vuestros misterios proscritos no tenáis más asilo que las entrañas de la tierra.

¿Qué decían vuestros perseguidores? Decían que propalabais doctrinas peligrosas; que vuestra secta, cual la llamaban, alteraba el orden y la paz pública; que, violadores de las leyes y del género humano, conmovíais el imperio al conmover la religión del imperio.

Y en tanta penuria, bajo opresión tanta, ¿qué pedíais? Libertad. Reclamabais el derecho de no obedecer sino a Dios, de servirle y de adorarle según vuestra conciencia.

Aunque se engañen en su fe, cuando reclamen otros de vosotros ese derecho sagrado, respetadlo en ellos, bien así como queríais que le respetasen en vosotros los paganos.

Respetadlo para no manchar al menos la memoria de vuestros confesores, para no profanar siquiera las cenizas de vuestros mártires.

La persecución tiene dos filos; así hiere a la derecha como a la izquierda.

Si olvidareis las lecciones del Cristo, acordaos al menos de las catacumbas.

XXIX

Conservad con esmero en vuestras almas la justicia y la caridad; ellas serán vuestra salvaguardia, ellas lanzarán de entre vosotros las discordias y las disensiones.

Lo que produce las discordias y las disensiones, lo que engendra los litigios que escandalizan a los buenos y arruinan las familias, es más que nada el sórdido interés, la insaciable codicia de adquirir y poseer.

Trabajad, pues, sin cesar en vencer esa codicia que el enemigo malo excita de continuo dentro de vosotros.

¿Qué os llevaréis de todas esas riquezas que hayáis acumulado por buenas y por malas vías? Poco le basta al hombre que tan poco vive.

Otra causa de interminables disensiones son las malas leyes.

Y sin embargo apenas hay leyes buenas en el mundo.

¿Qué otra ley necesita quien profesa la ley de Cristo?

La ley del Cristo es clara, es santa, y no hay nadie que, conservando esta ley en su corazón, no pueda juzgarse a sí mismo fácilmente.

Escuchad lo que me ha sido dicho:

Si los hijos del Cristo tienen altercados entre sí, no deben llevarlos ante los tribunales de los que oprimen la tierra y la corrompen.

¿No hay ancianos entre ellos? ¿Y esos ancianos no son sus padres, conocedores de la justicia y amantes de ella?

Vayan, pues, y busquen uno de esos ancianos, y díganle: Padre mío, no hemos podido concertarnos mi hermano y yo; os rogamos que nos juzguéis.

Y escuchará el anciano las quejas de entrambos, y juzgará entre ellos, y ya juzgados los bendecirá.

Y si se avienen a este juicio, permanecerá sobre ellos la bendición; de no, tornará al anciano, que habrá juzgado en justicia.

Nada hay imposible para los que viven unidos, así para el bien, como para el mal. El día por tanto en que os unáis será el día de vuestra redención.

Cuando los hijos de Israel yacían oprimidos en la tierra de Egipto, si cada uno de ellos, olvidando a sus hermanos, hubiera intentado salir solo, ni uno hubiera escapado; salieron, empero, todos juntos, y nadie los detuvo.

Vosotros estáis también en la tierra de Egipto, encorvados bajo el cetro de Faraón, y bajo el azote de sus cómitres. Recurrid, pues, al Señor, Dios vuestro, levantaos después y salid juntos.

XXX

Cuando se hubo amortiguado la caridad, y cuando hubo empezado a crecer la injusticia sobre la tierra, dijo Dios a uno de sus siervos. Ve en mi nombre hacia ese pueblo, y anúnciale lo que veas; y lo que veas sucederá en verdad, si, saliéndose de la senda torcida, no se arrepiente y se vuelve hacia mí.

Y el siervo de Dios obedeció, y vestido de un saco, y habiendo derramado ceniza sobre su cabeza, fuese hacia la multitud, y alzando su voz decía:

¿Por qué irritáis al Señor para vuestra perdición? Dejad las sendas torcidas, arrepentíos, y volved hacia él.

Y oyendo estas palabras, compungíanse unos, y otros se mofaban, diciendo: ¿Quién es este, y qué nos viene a contar? ¿quién le ha dado misión para reprendernos? Es un loco.

Y de repente, el Espíritu de Dios se apoderó del profeta, y descorriose el velo del tiempo ante sus ojos, y pasaron los siglos delante de él.

Y rasgando sus vestiduras: De esta suerte, dijo, será destrozada la familia de Adán.

Los hombres de iniquidad han compartido la tierra: han contado sus habitantes, como se cuenta el ganado, por cabezas.

Han dicho: Repartámonos esto, y hagamos de ello moneda para nuestros usos.

Hase hecho la repartición, y cada cual ha cogido la parte que le ha tocado, y la tierra y sus habitantes han venido a ser propiedad de hombres inicuos, y allá en su conciliábulo se han preguntado: ¿Cuánto vale nuestra propiedad? Y todos a una voz han respondido: Treinta dineros.

Y han comenzado a traficar entre ellos con esos treinta dineros.

Ha habido compras, ventas, trueques: hombres en cambio de tierra, tierra en cambio de hombres, y oro por señal.

Y cada cual ha codiciado la parte de los otros, y hanse degollado para expoliarse mutuamente, y, con la sangre que ha corrido, han escrito sobre un pedazo de papel: Derecho; y sobre otro: Gloria.

¡Basta, Señor, basta!

He aquí dos que arrojan sus arpones de hierro sobre un pueblo. Cada uno se lleva un pedazo.

La espada ha pasado y vuelto a pasar. ¿Oís esos gritos agudísimos? Son los quejidos de las esposas, y los lamentos de las madres.

Señor, Señor, ¿habrá de ser eterna vuestra ira? ¿vuestro brazo no se extenderá jamás sino para herir? Perdonad a los padres en gracia de los hijos. Dejaos mover por el llanto de esas pobres y pequeñas criaturas, que no distinguen todavía su mano izquierda de la diestra.

El mundo se agranda, la paz va a renacer. Habrá sitio para todos.

¡Maldición! ¡maldición! La sangre corre a ríos, y rodea la tierra como faja roja.

¿Quién es ese anciano que habla de justicia, una copa envenenada en la una mano, y acariciando con la otra a una prostituta que le apellida su padre?

Y dice: La raza de Adán me pertenece. ¿Quiénes son los más fuertes entre vosotros, y se la distribuiré?

Y lo que ha dicho, lo hace; y desde su trono, sin levantarse siquiera, señala su presa a cada uno.

Y todos devoran, devoran; y su hambre va en aumento, y agólpanse los unos sobre los otros, y la carne palpita, y los huesos crujen entre los dientes.

Ábrese un mercado, condúcense a él las naciones con la soga al cuello; las palpan, las pesan; hácenlas andar y correr: tanto valen, menos cuanto. No es ya el tumulto y la confusión anterior, sino un comercio ordenado.

¡Bienaventuradas las aves del cielo y los animales de la tierra! Nadie los violenta; van y vienen como mejor les place.

¿Qué piedras son esas que giran sin cesar y muelen?

Hijos de Adán, esas piedras son las leyes de los que os gobiernan, y lo que muelen y reducen a polvo, vosotros.

Y a medida que el profeta lanzaba sobre el porvenir esos destellos siniestros, apoderábase un terror misterioso de los que le escuchaban.

Cesó su voz de oírse de repente, y pareció como absorto en meditación profunda. El pueblo esperaba silencioso, oprimido el pecho y en palpitante agonía.

Entonces el profeta: Señor, no habéis abandonado a este pueblo en su miseria; no le habéis entregado para siempre a sus opresores.

Y así de dos ramas, y desnudolas de sus hojas, y, habiéndolas cruzado, uniolas, y las alzaba sobre la multitud, diciendo: Ésta será vuestra salvación, por este signo venceréis.

E hízose noche, y el profeta desapareció como sombra que pasa, y se dispersó la muchedumbre por todas partes en medio de las tinieblas.

XXXI

Cuando después de larga sequía cae una lluvia suave sobre la tierra, bebe ésta ansiosa agua del cielo, que la refresca y la fecunda.

Así también las naciones sedientas beberán con ansia la palabra de Dios, cuando caiga sobre ellas, a semejanza de vivificante rocío.

Y la justicia y el amor, y la paz y la libertad germinarán en su seno.

Y será como en los tiempos en que eran todos hermanos, y no se oirá ya más la voz del amo, ni la voz del esclavo, los gemidos del pobre ni los sollozos de los oprimidos, sino cánticos de alegría y de bendición.

Los padres dirán a sus hijos: Nuestros primeros días han sido conturbados, y llenos de lágrimas y agonías. El sol ahora sale y se pone testigo de nuestro gozo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán las madres a sus hijas: Contemplad nuestras frentes, ahora tan serenas: el pesar, el dolor, la inquietud las marcaron en otro tiempo con hondos surcos. Las vuestras semejan a la superficie de un lago, cuando en la primavera ningún viento la riza. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y dirán los mancebos a las vírgenes: Bellas sois como las flores del campo, puras como el rocío que las refresca, como la luz que las tiñe. Dulce nos es ver a nuestros padres, y dulce estar cabe a nuestras madres; empero cuando os vemos y cuando paramos a vuestro lado, sentimos en nuestras almas una sensación, que sólo tiene nombre en el cielo. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

Y responderán las vírgenes: Ájanse las flores y pasan; día llega en que ni el rocío las refresca, ni la luz las tiñe. En la tierra sólo la virtud ni se marchita ni pasa. Nuestros padres son como la espiga que se hincha de grano por el otoño, y nuestras madres como la vid, que se carga de fruto. Dulce nos es ver a nuestros padres, y dulce estar cabe a nuestras madres; dulces nos son también los hijos de nuestros padres y de nuestras madres. ¡Loado sea Dios, que nos ha mostrado el bien antes de morir!

XXXII

Yo vi una haya elevarse a maravillosa altura. Desde la copa hasta el tronco casi tendía enormes ramas, que cubrían la tierra toda en derredor, de suerte que ésta paraba desnuda, ni una hierbecilla producía. Al pie del coloso nacía una encina, que, después de haberse elevado algunos pies, se encorvaba, extendíase después horizontal, tornábase a enderezar, y de nuevo se torcía; veíasela, en fin, alargando su cabeza flaca y desnuda bajo las ramas robustas del haya, como en demanda de aire y de luz.

Y djeme a mí mismo: Así crecen los pequeños a la sombra de los grandes.

¿Quién se reúne en derredor de los poderosos del mundo? ¿quién se acerca a ellos? No en verdad el pobre; se le expulsa; tal presencia empañaría sus miradas. Apártasele con cuidado de su vista y de sus palacios; ni aun le consienten atravesar sus jardines, para todos abiertos, menos para él, porque su cuerpo, gastado por el trabajo, viste las ropas de la indigencia.

¿Quién, pues, se reúne en derredor de los poderosos del mundo? Los ricos y los aduladores que quieren llegar a serlo, mujeres perdidas, ministros infames de sus secretos placeres, farsantes y juglares, bufones que divierten su conciencia, y falsos profetas que los extravían.

¿Quién más? Los hombres de violencia y astucia, agentes de opresión, expoliadores, cuantos dicen, en fin: Entregadnos el pueblo, y nosotros haremos correr su oro en vuestros cofres, y su sustancia en vuestras venas.

Allí donde yace el cuerpo, se reunirán las águilas.

Los pajarillos inocentes construyen su nido en la hierba, y las aves de rapiña en árboles altos.

XXXIII

En la estación en que las hojas amarillean, un anciano, cargado con un haz de ramas, volvía lentamente hacia su choza, situada en la pendiente de un valle.

Y hacia la parte por donde el valle tenía salida, veíanse por entre los árboles desparcidos los oblicuos rayos del sol, oculto ya detrás del horizonte, deslizarse entre las nubes al Poniente, y teñirlas de colores infinitos, que se iban borrando poco a poco.

Y el anciano, ya en su choza, única propiedad con un trozo de tierra en derredor, soltó el haz de ramas, sentose sobre un asiento de madera ennegrecido por el humo del hogar, e inclinó la cabeza sobre el pecho como absorto en profunda meditación.

Y de vez en cuando su pecho henchido exhalaba un breve sollozo, y con voz cascada decía:

Yo no tenía más que un hijo: hánmelo tomado; no tenía más que una vaca: hánmela llevado por el impuesto de mi tierra.

Y luego con voz más débil repetía: Hijo mío, hijo mío; y una lágrima humedecía sus párpados gastados, empero sin desprenderse.

En tanto que así se acongojaba, oyó a alguien que decía: Padre mío, ¡sea la bendición de Dios sobre vos y sobre los vuestros!

Los míos, dijo el anciano; ¡ay! ya no hay nadie que me pertenezca, soy solo.

Y, levantando los ojos, echó de ver a un peregrino en pie, a la puerta, apoyado en su báculo; y no ignorando que Dios es quien envía los huéspedes, díjole:

Devuélvaos Dios vuestra bendición. Entrad, hijo; cuanto tiene el pobre es del pobre.

Y encendiendo en el hogar su haz de ramas, púsose a preparar su comida al viajero.

Nada en tanto bastaba a distraerle del pensamiento que le agobiaba, que pesaba allí continuo sobre su corazón.

Y el peregrino, sabedor de lo que tan amargamente le conturbaba, díjole: Padre mío, Dios quiere probaros por mano de los hombres. Vense con todo miserias más grandes que vuestra miseria. No es el oprimido quien más padece, sino los opresores.

Meneó el anciano la cabeza, y nada respondió.

Repuso el peregrino: Lo que ahora dudáis, en breve lo creeréis.

Y habiéndole hecho sentar, puso las manos sobre sus ojos, y cayó el anciano en un sueño, semejante al sueño pesado, tenebroso, horrible, que sorprendió a Abrahán, cuando Dios le quiso mostrar las futuras desdichas de su raza.

Parecióle haber sido trasportado a un gran palacio, junto a un lecho, y había al lado del lecho una corona, y un hombre en el lecho, que dormía, y lo que por aquel hombre pasaba, lo veía el anciano, bien así como durante el día ve el hombre despierto cuanto pasa ante sus ojos.

Y el hombre que estaba allí, echado sobre su cama de oro, oía como gritos confusos de hambrienta muchedumbre que pide pan. Semejaba aquel ruido al ruido de las olas que se estrellan en la playa durante la tempestad. Y crecía la tempestad, y se aumentaba el ruido; y el hombre que dormía veía las olas elevarse por momentos, y azotar ya las paredes del palacio, y hacía esfuerzos extraordinarios como si quisiera huir, y no podía, y era suma su agonía.

En tanto que le miraba espantado, se vio el anciano de repente trasportado a otro palacio. El que en él yacía acostado, más semejaba cadáver que hombre vivo.

Y, en su sueño, veía delante de él cabezas cortadas; y, abriendo la boca, decíanle aquellas cabezas:

Nosotros nos habíamos sacrificado por ti, y he aquí el premio que te hemos merecido. Duerme, duerme; nosotros no dormimos. Que acechamos la hora de la venganza; que se acerca.

Y helábase la sangre en las venas del hombre dormido. Y se decía a sí mismo: Si pudiese al menos dejar mi corona a esta criatura; y sus Ojos vidriados se volvían hacia una cuna, sobre la cual habían puesto una diadema de reina.

Pero cuando empezaba a serenarse y a consolarse con este pensamiento, otro hombre, que le semejaba en las facciones, asió de la criatura y estrellola contra la pared.

Y sintiose el anciano desfallecer de horror.

Y viose trasladado al propio tiempo a dos parajes distintos; y, aunque separados aquellos parajes, para él no eran sino uno.

Y vio dos hombres, que por la edad hubieran podido parecer el mismo hombre, y comprendió que habían sido criados en el mismo seno.

Y era su sueño el sueño del reo, que ha de ser ajusticiado al despertarse. Pasaban delante de ellos sombras envueltas en sangrientas mortajas, y cada una de ellas al pasar los tocaba, y retirábanse sus miembros y se contraían, como para zafarse de aquel contacto de la muerte.

Mirábanse luego uno a otro con una especie de horrible sonrisa, y encendíanse sus ojos, y sus manos se agitaban convulsivamente, apretando un mango de puñal.

Y el anciano vio en seguida un hombre pálido y flaco. Las sombras deslizábanse en tropel hacia su lecho, destilaban su ponzoña sobre su faz, murmuraban en voz baja palabras siniestras, y hundían lentamente sus uñas en su cráneo mojado de sudor frío. Y una figura humana, blanca como un cendal, se le acercó, y sin hablar señaló con el dedo una mancha cárdena que le rodeaba el cuello. Y en la cama en que yacía, chocaron una con otra las rodillas del hombre descolorido, y entreabrióse su boca de terror, y dilatáronse sus ojos horriblemente.

Y el anciano, yerto de espanto, se sintió trasportado a otro palacio más grande.

Y el que allí dormía respiraba con gran dificultad. Un espectro negro paraba encogido sobre su pecho y le miraba con befa. Y hablábale al oído, y tornábanse sus palabras visiones en el alma del hombre, a quien oprimía y hollaba con sus huesos puntiagudos.

Y veíase éste rodeado de innumerable muchedumbre que lanzaba gritos espantosos:

Nos has prometido libertad, y nos has dado esclavitud.

Nos has prometido reinar por las leyes, y no hay más leyes que tus caprichos.

Nos has prometido respetar el pan de nuestras mujeres y de nuestros hijos, y has doblado nuestra miseria para engruesar tus tesoros.

Nos has prometido gloria, y nos has granjeado el desprecio de los pueblos, y su justo aborrecimiento.

Húndete, húndete, y ve a dormir con los perjuros y los tiranos.

Y sentíase precipitado, arrastrado por esa muchedumbre, y agarrábase a sus sacos de oro, y los sacos reventaban y se escapaba el oro, y se esparcía rodando por el suelo.

Y le parecía que vagaba pobre por el mundo, y que, acosado de la sed, pedía de beber por caridad, y que le brindaban un vaso lleno de lodo, y que huían todos de él y le maldecían todos, porque estaba marcado en la frente con la señal de los traidores.

Y el anciano apartó la vista de él con asco.

Y en otros dos palacios vio otros dos hombres soñando suplicios. Porque, decían ellos, ¿dónde estaremos seguros? Minado está el suelo debajo de nuestros pies: las naciones nos detestan, hasta los párvulos en sus oraciones piden a Dios día y noche que se vea libre su tierra de nosotros.

Y condenaba el uno a dura cárcel, es decir, a todos los tormentos del cuerpo y del alma y a muerte de hambre, a desdichados acusados de haber pronunciado la palabra patria: y el otro, después de haber confiscado sus bienes, mandaba arrojar en hondos calabozos a dos muchachas, culpables de haber cuidado a sus hermanos heridos en un hospital.

Y como se fatigasen en esta faena, propia de verdugos, llegáronles mensajeros.

Y uno de los mensajeros decía: Vuestras provincias del Mediodía han roto sus cadenas; y con los pedazos han ahuyentado a vuestros gobernadores y soldados.

Y el otro: Vuestras águilas han sido destrozadas a orillas del gran río; las aguas se llevan sus restos.

Y revolcábanse los dos reyes en sus tálamos.

Y vio el anciano otro tercero. Había lanzado a Dios de su corazón, y en su corazón, en el lugar de Dios, había un gusano que le roía sin cesar, y cuando se avivaba su angustia, pronunciaba entre dientes sordas blasfemias, y sus labios se cubrían de roja espuma.

Y parecíale estar en una llanura inmensa, solo, con el gusano que no le dejaba. Y era aquella llanura un cementerio de un pueblo degollado.

Y he aquí que de repente la tierra se conmueve; ábrense los sepulcros, álzanse los muertos, y se adelantan en tropel; y no podía ni hacer un movimiento, ni exhalar un grito.

Y todos aquellos muertos, hombres, mujeres, niños, le miraban silenciosos; y pasado un breve espacio, cogieron con el mismo silencio las losas de las tumbas, y pusieronlas en torno suyo.

Llegáronle primero a las rodillas, al pecho después, a la boca en fin, y extendía con gran violencia los músculos de su cuello para respirar todavía una vez; empero el edificio se elevaba sin cesar, y, una vez acabado, perdíase su cúpula en una nube.

Las fuerzas del anciano comenzaban a abandonarle: su alma se dilatava de espanto.

Y he aquí que habiendo atravesado varias salas desiertas, divisa en un breve aposento, y sobre un lecho escasamente alumbrado por la pálida llama de una lámpara, un hombre gastado por los años...

Y fue la última visión. Y habiéndose despertado el anciano, dio gracias a la Providencia por la parte, tal cual era, que en las miserias de la vida le había tocado.

Y díjole el peregrino: Esperad y orad; la oración lo consigue todo. Vuestro hijo no está perdido; vuestros ojos han de volverle a ver antes de cerrarse para siempre. Esperad en paz el día del Señor.

Y el anciano espero en paz.

XXXIV

No proceden de Dios los males que afligen a la tierra, porque Dios es amor, y cuanto ha hecho es bueno; proceden, sí, de Satanás, quien Dios ha maldecido, y de los hombres que han adoptado a Satanás por padre y por señor.

Empero los hijos de Satanás son infinitos en el mundo. A medida que pasan, Dios escribe sus nombres en un libro sellado, que será abierto y leído de todos a la consumación de los tiempos.

Hay hombres que no aman sino a sí mismos; y estos son hombres de odio, porque no amar sino a sí mismo es aborrecer a los demás.

Hay hombres de orgullo, que no pueden sufrir iguales, que quieren mandar siempre y dominar.

Hay hombres de codicia, que solicitan oro de continuo, honores, goces, y que nunca de ellos se ven hartos.

Hay hombres de rapiña que acechan al débil para despojarle, ora por fuerza, ora por arterías, y que giran de noche cabe la morada de la viuda y del huérfano.

Hay hombres de homicidio, que abrigan pensamientos violentos, que dicen: Sois nuestros hermanos; y matan a los que llaman hermanos, tan pronto como los sospechan de oponerse a sus designios, y que escriben leyes con su sangre.

Hay hombres de miedo, que tiemblan ante el malvado, y bésanle la mano, creyendo de esa suerte sustraerse a su opresión, los cuales, cuando un inocente se ve atacado en medio de la plaza pública, se apresuran a recogerse en su casa, y a cerrar las puertas.

Esos hombres todos han destruido la paz, la seguridad y la libertad en la tierra.

No alcanzaréis pues libertad, seguridad, ni paz sino peleando en contra de ellos sin cesar.

La ciudad que han construido es ciudad de Satanás; a vosotros toca reedificar la ciudad de Dios.

En la ciudad de Dios, ama cada cual a sus hermanos como a sí mismo, y por eso no se ve en ella ninguno desamparado, y no padece ninguno, si remedio hay para sus padecimientos.

En la ciudad de Dios, son todos iguales, nadie domina, porque en ella sólo reinan la justicia y el amor.

En la ciudad de Dios, posee cada cual sin género de temor lo que le pertenece, sin codiciar nada más, porque lo que es de cada uno es de todos, y todos poseen a Dios, que encierra en sí los bienes todos.

En la ciudad de Dios, ninguno sacrifica a los demás a su interés propio, sino antes cada uno está siempre dispuesto a sacrificarse por los demás.

Si en la ciudad de Dios se introduce un malvado, apártanse todos de él, y aúnanse todos para sujetarle, o expulsarle, porque el malvado es el enemigo de cada uno, y el enemigo de cada uno es el enemigo de todos.

Cuando hayáis reedificado la ciudad de Dios, reverdecerá la tierra, y tornarán a florecer los pueblos, porque entonces habréis vencido a los hijos de Satanás que oprimen a los pueblos y asuelan la tierra, a los hombres de orgullo, a los hombres de rapiña, a los hombres de homicidio, y a los cobardes.

XXXV

Si se vieran los opresores de las naciones abandonados a sí mismos, sin apoyo, sin auxilio extranjero, ¿qué podrían en contra de ellas?

Si para mantenerlas en la servidumbre no tuvieran más auxilio que el auxilio de aquellos a quienes la servidumbre aprovecha, ¿qué significaría tan corto número contra pueblos enteros?

La sabiduría de Dios ha ordenado las cosas de esa suerte, a fin de que los hombres puedan siempre resistir a la tiranía; y tornárase la tiranía imposible, si comprendiesen los hombres la sabiduría de Dios.

Pero, habiendo vuelto el pensamiento a otros fines, los dominadores del mundo han opuesto a la sabiduría de Dios, que los hombres no comprendían, la sabiduría del príncipe de este mundo, de Satanás.

Y Satanás, rey de los opresores de las naciones, les sugirió, para asegurar su tiranía, una astucia infernal.

Díjoles: He aquí lo que habéis de hacer. Tomad en cada familia los mancebos más robustos, y dadles armas; adiestradlos a manejarlas, y ellos pelearán por vosotros contra sus padres y sus hermanos; porque yo les haré creer que es acción gloriosa.

Yo les fabricaré dos ídolos, que habrán por nombre Honor y Fidelidad, y una ley que se llamará Obediencia pasiva.

Y adorarán esos ídolos y se someterán ciegamente a esa ley, porque seduciré su entendimiento, y ya nada tendréis que temer.

Hicieron los opresores de las naciones lo que Satanás les había dicho, y también cumplió Satanás lo que prometido había a los opresores de las naciones.

Viose entonces a los hijos del pueblo levantar los brazos contra el pueblo, degollar a sus hermanos, ahrojar a sus padres, y desconocer hasta las entrañas que los habían criado.

Cuando se les decía: En nombre de cuanto es en el mundo sagrado, medita la injusticia, pensad en la atrocidad de lo que os mandan, respondían ellos: Nosotros no pensamos; obedecemos.

Y cuando se les decía: ¿No queda en vosotros destello alguno de amor a vuestros padres, a vuestras madres, a vuestros hermanos? respondían: Nosotros no amamos; obedecemos.

Y cuando se les mostraban los altares del Dios que ha criado al hombre, y del Cristo que le ha redimido, exclamaban: Esos son los Dioses de la patria: nuestros Dioses, empero, son los Dioses de sus señores, la Fidelidad y el Honor.

Yo os lo digo en verdad, desde la seducción de la primera mujer por la Serpiente, no ha vuelto a haber más espantosa seducción que esta.

Empero toca a su término. Cuando el espíritu malo fascina las almas rectas, es sólo por cierto tiempo. Pasan como al través de horrible ensueño, y al despertarse bendicen a Dios que las ha aliviado de aquel tormento.

Esperad algunos días más, y aquellos que peleaban en favor de los opresores pelearán en favor de los oprimidos; aquellos que peleaban por mantener en cadenas a sus padres, a sus madres, a sus hermanos, pelearán por emanciparlos.

Y huirá Satanás al abismo con los dominadores de las naciones.

XXXVI

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear por Dios y los altares de la patria.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear por la justicia, por la causa santa de los pueblos, por los derechos sagrados del género humano.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para libertar a mis hermanos de la opresión, para quebrantar sus cadenas, las cadenas del mundo.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear contra los hombres inicuos, en favor de aquellos a quienes oprimen y huellan con los pies, contra los amos en favor de los esclavos, contra los tiranos en favor de la libertad.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para que de hoy más no sean todos presa de unos pocos, para enderezar las cabezas inclinadas, y sostener las rodillas que flaquean.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para que hoy más no maldigan los padres el día en que les fue dicho: Un hijo os ha nacido; ni las madres aquel en que le estrecharon por primera vez contra su seno.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para que de hoy más no se acongoje el hermano viendo a su hermana marchitarse como la hierba que la tierra rehúsa alimentar; para que en adelante no contemple llorosa la hermana al hermano que parte y que no ha de volver.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para que coma en paz cada uno el fruto de su trabajo; para enjugar las lágrimas de los pequeñuelos que piden pan, y a quienes responden: Ya no hay pan; hannos llevado el que nos quedaba.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear por el pobre, para que en adelante no vuelva a ser despojado de la parte que en común herencia le toca.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para extirpar el hambre en las cabañas, para tornar a las familias la abundancia, la seguridad y el contento.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para devolver a aquellos que fueron por los opresores lanzados en los calabozos el aire que falta a su respiración, y la luz que sus ojos buscan.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para echar por tierra las barreras que separan los pueblos, y los impiden abrazarse como hijos del mismo Padre, destinados a vivir unidos en un mismo amor.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para emancipar de la tiranía del hombre el pensamiento, la palabra, la conciencia.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

Joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear por las eternas leyes emanadas de arriba, por la justicia que protege los derechos, por la caridad que endulza los males inevitables.

¡Benditas sean tus armas, joven soldado!

joven soldado, ¿adónde vas?

Voy a pelear para que tengan todos un Dios en el cielo, y una patria en la tierra.

¡Benditas sean tus armas, siete veces benditas, joven soldado!

XXXVII

¿Por qué os fatigáis vanamente en vuestra miseria? Vuestro deseo es bueno, empero no sabéis cómo llevarle a cabo.

Tened presente esta máxima: Sólo aquel puede devolver la vida, que ha dado la vida,

Sin Dios, nada conseguiréis.

Os volvéis y revolvéis sobre vuestro lecho de dolor; ¿qué alivio habéis encontrado?

Habéis derribado algunos tiranos, y tras ellos han venido otros peores que los primeros.

Habéis abolido las leyes de servidumbre, y habéis recibido leyes de sangre, y otra vez leyes de servidumbre.

Desconfiad pues de los hombres que se interponen entre Dios y vosotros, porque su sombra os le oculta. Esos hombres abrigan malos designios.

Porque de Dios procede la fuerza que emancipa, porque de Dios procede el amor que une.

¿Qué cosa puede hacer en favor vuestro un hombre que no tiene más regla que su pensamiento, ni más ley que su voluntad?

Aun entonces cuando procede de buena fe, y cuando no anhela sino el bien, es fuerza que os dé su voluntad por ley, y por regla su pensamiento.

Ahora bien, no hacen otra cosa los tiranos.

No vale la pena de trastornarlo todo, y de exponerse a todo, para poner en lugar de una tiranía otra tiranía.

No consiste la libertad en que sea este quien domine en vez de esotro; sino en que no domine ninguno.

Pero donde Dios no reina, fuerza es que domine un hombre; y eso se ha visto en todos tiempos.

El reinado de Dios, yo os lo digo de nuevo, es el reinado de la justicia en los ánimos, y el de la caridad en los corazones: y estriba sobre la tierra su fundamento en la fe en Dios, y en la fe en el Cristo, que ha promulgado la ley de Dios, la ley de caridad y la ley de justicia.

La ley de justicia enseña que todos son iguales ante su Padre, que es Dios, y ante su único Señor, que es el Cristo.

La ley de caridad les enseña a amarse y a ayudarse mutuamente, como hijos de un mismo Padre y discípulos de un mismo Maestro.

Y entonces son libres, porque ninguno manda a otro, si no ha sido libremente escogido por todos para mandar, y no puede arrebatárles nadie su libertad, porque están todos unidos para defenderla.

Empero los que os dicen: Hasta nosotros no se ha sabido lo que es justicia; la justicia no procede de Dios, sino del hombre; fíaos de nosotros, y nosotros os fabricaremos una que os satisfaga:

Esos os engañan, o, si os prometen sinceramente la libertad, engañanse a sí mismos.

Porque exigen de vosotros que los reconozcáis señores, y de esa suerte no sería vuestra libertad sino otro género de obediencia a esos nuevos señores.

Respondedles que vuestro señor es el Cristo, que no queréis otro ninguno, y el Cristo os emancipará.

XXXVIII

Habéis menester gran paciencia e infatigable valor, porque no venceréis en un día.

La libertad es el pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente.

Empiezan muchos con ardor, y cánsanse después, antes de haber llegado a la estación de la recolección.

Parécense a los hombres muelles y cobardes que, no pudiendo soportar el trabajo de arrancar en su heredad las malas hierbas a medida que crecen, siembran y no recogen, porque han dejado que fuese la buena semilla sofocada.

Yo os lo digo, siempre hay hambre en ese país.

Parécense también a los hombres insensatos, que, después de haber edificado hasta el tejado una casa para albergarse en ella, déjanla sin cubrir y tejar, por no tomarse un poco más de trabajo.

Sobrevienen los vientos y las aguas, y viénese la casa al suelo, y vense de repente los que la habían construido sepultados debajo de sus ruinas.

Aun cuando se hubiesen visto malogradas vuestras esperanzas no sólo siete veces, sino setenta veces siete veces, no perdáis nunca la esperanza.

Cuando hay fe, la justa causa acaba por triunfar, y aquel se salva que persevera hasta el fin.

No digáis: Es demasiado sufrir para alcanzar bienes que han de lograrse tan tarde.

Si llegan esos bienes tarde, si sólo por poco tiempo gozáis de ellos, o aun si no os fuese dado alcanzarlos, gozarán de ellos vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos.

Ved que sólo tendrán lo que vosotros les dejéis; ved si queréis dejarles grillos, y hambre, y el azote en herencia.

Aquel que se pregunta a sí mismo cuánto vale la justicia, profana la justicia en su corazón; y el que calcula lo que cuesta la libertad, renuncia en su corazón a la libertad.

La libertad y la justicia os pesarán en la misma balanza en que las hayáis vosotros pesado. Aprended pues a conocer su precio.

Pueblos hay que no lo han conocido, y nunca miseria igualó su miseria.

Si hay en la tierra alguna cosa verdaderamente grande, es la resolución firme de un pueblo que camina bajo los auspicios de Dios, sin cansarse un momento, a la conquista de los derechos que de él recibió; que no cuenta ni sus heridas, ni los días pasados sin descanso, ni las noches vacías de sueño, y que se dice a sí mismo: ¿Qué es todo esto? Bien merecen la justicia y la libertad mayores sacrificios.

Podrá experimentar infortunios, reveses, traiciones, y verse vendido por algún judas. Nada, empero, será bastante a desanimarle.

Porque yo os lo digo en verdad, aun cuando bajase como el Cristo al sepulcro, como el Cristo saldría de él al tercero día, vencedor de la muerte, y del príncipe de este mundo y de los ministros del príncipe de este mundo.

XXXIX

El labrador soporta el peso del día, expónese a la lluvia, al sol, a los vientos para preparar con su trabajo la cosecha que ha de llenar por otoño sus graneros.

La justicia es la cosecha de los pueblos.

Levántase el artesano antes del alba, y enciende su pobre lámpara y afánase sin cesar para ganar un poco de pan que le alimente a él y a sus hijos.

La justicia es el pan de los pueblos.

No rehúsa el mercader tarea alguna, ni se queja de ningún trabajo; desgasta su cuerpo, y olvida el sueño a fin de acumular riquezas.

La libertad es la riqueza de los pueblos.

Cruza el marinero los mares, entrégase a las olas y a las tempestades, aventurase entre escollos y sufre el frío y el calor, a fin de proporcionarse algún descanso para la vejez.

La libertad es el descanso de los pueblos.

Sujétase el soldado a las más duras privaciones, vela y pelea, y da su sangre por lo que llama gloria.

La libertad es la gloria de los pueblos.

Si hay en la tierra un pueblo que estime en menos la justicia y la libertad que el labrador su cosecha, el artesano un pedazo de pan, el mercader las riquezas, el marinero el descanso, y el soldado la gloria, levantad en derredor de ese pueblo una altísima muralla, a fin de que su aliento no inficione el resto de la tierra.

Cuando luzca el gran día del juicio final de los pueblos, serales dicho: ¿Qué hiciste de tu alma? No ha sido vista de ella ni señal ni huella. Todo lo han sido para ti los goces del bruto. Has gustado del lodo, anda a pudrirte en el lodo.

Y, por el contrario, el pueblo que por encima de los bienes materiales haya colocado en su corazón los bienes verdaderos, que para conquistarlos no haya perdonado medio ni fatiga, trabajo ni sacrificio, oirá estas palabras:

A los que tienen alma, la recompensa de las almas. Por cuanto has amado más que todas las cosas la libertad y la justicia, ven y posee para siempre la justicia y la libertad.

XL

¿Creéis que el buey criado en el establo para uncirlo al yugo, y cebado después para el matadero, sea más envidiable que el toro que busca libre su pasto por el campo?

¿Creéis que el caballo ensillado y embridado, que encuentra siempre abundante forraje en el pesebre, goce de mejor suerte que el caballo padre que, libre de toda traba, galopa por el campo sueltamente?

¿Creéis que el capón, al cual arrojan el grano en el corral, sea más dichoso que la paloma torcaz que a la mañana no sabe aún en dónde ha de encontrar el alimento de cada día?

¿Creéis que el que tranquilo se pasea en uno de esos sotos que llaman reinos, lleve vida más dulce que el fugitivo que de monte en monte, y de peñasco en peñasco, se anda henchido el corazón con la esperanza de crearse una patria?

¿Creéis que el siervo imbécil, sentado a la mesa de su señor, saborea muy más sus manjares delicados, que el soldado de la libertad su pedazo de pan negro?

¿Creéis que el que duerme con la soga al cuello sobre la paja que le ha extendido el amo, goce sueño mejor que aquel que después de haber peleado durante el día para no depender de nadie, descansa algunas horas en la noche sobre el suelo en un rincón de una heredad?

¿Creéis que el cobarde, que arrastra por todas partes la cadena del esclavo, viva menos cargado que el hombre de corazón que arrastra los grillos del prisionero?

¿Creéis que el hombre tímido que expira en el lecho, sofocado por el aire corrompido que rodea a la tiranía, tenga una muerte más envidiable que el hombre animoso que devuelve a Dios en el patíbulo su alma, libre, como de él la recibió?

El trabajo existe en todas partes, y en todas partes el sufrimiento; sólo que hay trabajos estériles y trabajos fecundos, sufrimientos infames y gloriosos sufrimientos.

XLI

Íbase errante por la tierra. ¡Dios gué al pobre desterrado!

He pasado por medio de los pueblos, y me han mirado, y yo los he mirado, y no nos hemos conocido. El desterrado en todas partes está solo.

Cuando a la caída del día veía elevarse del fondo de algún valle el humo de tal cual cabaña, decíame a mí mismo: Dichoso aquel que encuentra a la noche el hogar doméstico, y se sienta en él en medio de los suyos. El desterrado en todas partes está solo.

¿Adónde van esas nubes que barre la tempestad? La tempestad me despide como a ellas; ¿y qué me importa dónde? El desterrado donde quiera está solo.

Esos árboles son hermosos, bellas son esas flores; pero no son las flores ni los árboles de mi país: nada me dicen. El desterrado dondequiera está solo.

Ese arroyo corre mansamente por la llanura, pero su murmullo no es el murmullo que en mi infancia oía: no trae a mi alma recuerdo ninguno. El desterrado dondequiera está solo.

Dulces son esos cantares; pero los contentos y las penas que renuevan no son ni mis contentos ni las penas mías. El desterrado dondequiera está solo.

Háseme preguntado: ¿Porqué lloráis? Y cuando lo he dicho, ninguno ha llorado, porque ninguno me comprendía. El desterrado, dondequiera está solo.

He visto ancianos rodeados de párvulos, como el olivo de sus vástagos; pero ninguno de aquellos ancianos me llamaba hijo, ninguno de aquellos párvulos me llamaba hermano. El desterrado donde quiera está solo.

He visto vírgenes sonreírse, con sonrisa tan pura como las auras de la mañana, a la vista de aquel a quien había escogido amor para su esposo. Pero ni una sola entre ellas se me ha sonreído. El desterrado dondequiera está solo.

He visto mancebos, pecho con pecho, abrazarse como si de dos vidas hubieran querido hacer una sola; pero ni uno me ha apretado la mano. El desterrado dondequiera está solo.

No hay amigos, esposas, padres y hermanos sino en la patria. El expatriado dondequiera está solo.

¡Pobre desterrado! cesa de gemir: todos están desterrados como tú; todos ven pasar y desvanecerse ante sus ojos padres, hermanos, esposas, amigos.

La patria no está aquí abajo; en vano la busca el hombre: lo que cree su patria, no es sino un albergue para pasar la noche.

Vase errante por la tierra. ¡Dios guíe al pobre desterrado!

XLII

Y fueme mostrada la patria.

Fui sublimado sobre la región de las sombras, y veía al tiempo arrebatadas con velocidad indecible al través del vacío, como se ve al viento del Mediodía llevarse los ligeros vapores que se deslizan a lo lejos por la llanura.

Y me elevaba, me elevaba siempre; y la realidad, invisible a la vista material, me apareció, y escuché sonidos que no tienen eco en ese mundo de fantasmas.

Y lo que yo escuchaba, y lo que veía, era tan vivo, mi alma lo percibía con tal fuerza, que me parecía que todo cuanto hasta entonces había creído ver y escuchar, no había sido sino un sueño incierto y vago en la noche.

¿Qué les diré pues a los hijos de la noche que puedan ellos comprender? ¿Y desde las alturas de la eternidad no volví a caer con ellos en el seno de la noche, en la región del tiempo y de las sombras?

Yo veía como un océano inmóvil, inmenso, infinito; y en ese océano, tres océanos; un océano de fuerza, un océano de luz, un océano de vida; y esos tres océanos se penetraban mutuamente sin confundirse, y no formaban sino un solo océano, la misma unidad indivisible, absoluta, eterna.

Y esta unidad era aquel que es; y en el fondo de su ser, un nudo inefable enlazaba entre ellas tres personas que me fueron nombradas, y eran sus nombres el Padre, el Hijo, el Espíritu; y había allí una generación misteriosa, un soplo misterioso, vivo, fecundo; y el Padre, el Hijo, el Espíritu, eran aquel que es.

Y el Padre me aparecía como un Poder, que en el seno del Ser infinito, uno con él, no tiene más que un acto, permanente, completo, ilimitado, que es el Ser infinito, él mismo.

Y el Hijo me aparecía como una palabra, permanente, completa, ilimitada, que dice lo que obra el poder del Padre, lo que es el Ser infinito.

Y me aparecía el Espíritu como el amor, la efusión, la aspiración mutua del Padre y del Hijo, animándolos con una vida común, animando con vida permanente, completa, ilimitada, el Ser infinito.

Y los tres eran uno, y esos tres eran Dios, y abrazábanse, y uníanse en el impenetrable santuario de la sustancia, una e Indivisible; y esta unión, este arrobo, eran en el seno de la inmensidad la eterna alegría, el goce eterno de aquel que es.

Y en las honduras de este infinito océano de ser nadaba y flotaba, y se dilataba la creación; bien así como una isla que dilatase incesantemente sus playas en medio de un mar sin límites.

Dilatábase y se abría como una flor que echa sus raíces en las aguas, y que tiende sus largos filamentos y sus corolas sobre la superficie.

Y yo veía a los seres encadenarse con los seres, y producirse y desarrollarse en su variedad infinita, alimentándose y saciándose de una savia que no se agota jamás, de la fuerza, de la luz, y de la vida de aquel que es.

Y cuanto hasta entonces había estado oculto para mí se desarrollaba ante mi vista, no ya coartada por la red material de los sentidos.

Desembarazado de las terrestres trabas, íbame de mundo en mundo, bien así como acá abajo se anda el espíritu de pensamiento en pensamiento; y después de haberme sumergido y perdido en estas maravillas del poder, de la sabiduría y del amor, sumergíame y me perdía en el manantial mismo del amor, del poder y de la sabiduría.

Y conocí lo que era la patria; y embriagábame de luz, y mi alma, arrebatada por torrentes de armonía, adormecíase sobre las celestes ondas, en éxtasis indecible.

Y veía después al Cristo a la derecha de su Padre, radiante de gloria inmortal.

Y veíale también como un cordero místico inmolado sobre un altar; millares de ángeles le rodeaban juntamente con los hombres, con su sangre rescatados; y cantando sus alabanzas, tributábanle acciones de gracias en la lengua del cielo.

Y una gota de la sangre del cordero se derramaba sobre la naturaleza lánguida y doliente, y vila trasformarse; y las criaturas todas que en sí encierra palpitaron con vida nueva, y alzaron todas la voz, y esta voz decía:

Santo, Santo, Santo, es aquel que ha destruido el mal y vencido a la muerte. Y el Hijo se inclinó sobre el seno del Padre, y el Espíritu los cubrió con su sombra, y hubo entre ellos un misterio divino; y los cielos se estremecieron en silencio.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

